

BOLSUEBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

LINEA RECTA: LA MUERTE

Clark Carrados



CLARK CARRADOS

Línea recta: la muerte

Colección PUNTO ROJO nº 1070. Bruguera - oct/1982

CAPÍTULO PRIMERO

—Acusado, póngase en pie —ordenó el juez.

El acusado obedeció. Era un hombre joven, guapo, apuesto, de pelo rizado muy negro. Sonreía desdeñosamente.

El juez Lars K. Heldman dijo:

—Antes de dictar sentencia, ¿tiene el acusado algo que alegar?

El acusado sacó la lengua y luego emitió un sonido muy peculiar:

—¡Brrrrr...!

El juez no se inmutó. Era un hombre de cierta edad y aspecto majestuoso, a lo que contribuía, aún más que la toga negra que vestía, su frondosa cabellera completamente blanca. El público esperaba con ansiedad la sentencia que iba a pronunciar el juez Heldman.

Más de una vez y públicamente, tanto por radio y televisión como en entrevistas publicadas en diarios y revistas, el juez Heldman se había pronunciado por extirpar de raíz la plaga que era el «gangsterismo» en todas sus manifestaciones. Heldman abominaba de moralistas y psicólogos, de los que decía siempre cosas muy poco agradables, sin recatarse en ocultar sus opiniones y hasta lanzándolas a la cara de los interesados. No tenía pelos en la lengua.

Ahora era público y notorio que había sido amenazado, para que impusiera una pena benigna al acusado. La expectación del gentío era enorme, porque en aquellos momentos se iba a ver si Heldman iba a practicar lo que tanto predicaba o iba a dejarse vencer por el pánico, como les había pasado a tantos colegas.

Con voz pausada, no muy alta, pero que se oyó perfectamente en toda la sala de justicia, el juez Heldman dijo:

—John William Forito, el juzgado le ha encontrado culpable de los delitos de que ha sido acusado. Esos delitos tienen señalada una pena, pero antes de fijarla, quiero hacer presente su continua descortesía y el desacato de que ha hecho gala constantemente, ofendiendo a este tribunal con palabras insultantes y gestos ofensivos, en no menos de seis ocasiones relevantes, sin contar otras muchas más, que no tienen la menor importancia. Por cada una de estas faltas, le condeno a cuatro meses de prisión, es decir, veinticuatro meses, que deberá cumplir antes que la pena que dictaré a continuación, a fin de que su estancia en prisión se prolongue lo más posible y le mantengan a usted apartado de las personas decentes, cuyo mismo aire no es digno siquiera de respirar.

Forito parecía haber perdido su aire de fanfarronería y tenía la boca abierta de par en par. Impasible, Heldman prosiguió:

—Por los delitos que se han juzgado aquí, y de los cuales ha sido encontrado culpable, le impongo la pena de ocho a dieciséis años, que deberá cumplir en la penitenciaría del Estado. Eso es todo.

Se oyeron varios golpes de mazo, que para el acusado parecieron otros tantos cañonazos.

—La vista ha terminado —concluyó el juez Heldman, a la vez que se levantaba.

—¡Todos en pie! ¡Despejen la sala! —gritó un ujier.

Los alguaciles se hicieron cargo de Forito. El condenado, entonces, recobró el habla y levantó su puño en dirección al juez que ya se retiraba al despacho:

—¡No estaré tanto tiempo en la cárcel! —aulló—. Me escaparé antes y vendré a buscarte, maldito hijo de perra...

Los alguaciles se llevaron al preso en volandas. Forito rugía como una fiera exasperada por la cólera y perneaba frenéticamente. Mientras se desalojaba la sala, se oían toda suerte de comentarios.

Ronald Talmadge había sido uno de los espectadores del juicio. Para él, Heldman había sido incluso benévolo, pero, con el código en la mano, no podía imponer una pena mayor.

—Y, sin embargo, ese repulsivo sujeto se merecía la muerte —murmuró para sí.

Había un asesinato, que no se había podido probar. Y no era el único. En la ciudad, todo el mundo sabía que Forito era un sanguinario asesino, aunque lo suficientemente listo como para no dejar nunca rastros que pudieran comprometerle. Ahora, sin embargo, estarla fuera de circulación un largo período de tiempo, porque tendría que cumplir los dos años dictados por desacato y, a continuación, un mínimo de ocho antes de que se empezase a considerar una aplicación de la libertad bajo palabra.

Los ojos de Talmadge, que iba a ser uno de los últimos en salir de la sala, se fijaron entonces en una mujer a la que no había visto hasta aquel momento.

Era una joven alta, de elegante figura y pelo rubio, peinado con singular gracia. Talmadge se preguntó qué podía hacer aquella mujer en el juicio de un tipo tan repulsivo como Johnny Forito.

A su lado, alguien comentó que Forito se escaparía pronto de la cárcel.

—Tiene dinero, amigos, influencias...

—¿Buscará al juez? —preguntó otro.

—Yo no se lo recomendaría. El juez Heldman es muy respetuoso con la ley, pero también un tipo que no teme ni a Dios ni al diablo. Si Forito quisiera hacerle algo, se llevaría sin duda una enorme sorpresa...

La joven rubia abandonó al fin la sala. Talmadge estaba ya en la calle, encendiendo un cigarrillo.

Sopló la llama del fósforo. Ella entró en un coche deportivo, descapotable, dio el contacto y partió raudamente, sin mirar a derecha e izquierda.

—Me gustaría conocerla —se dijo Talmadge.

Pero era algo imposible por el momento. Sin embargo, había conseguido fijarse en la matrícula del coche. Aquella misma tarde, conoció el nombre de la joven: Brenda Mallinson.

—¿Quién es Brenda Mallinson? —se preguntó.

* * *

Había transcurrido casi un año, y Talmadge había olvidado por completo a Forito, cuando recibió una noticia que le hizo sentirse aturdido.

Al cabo de unos momentos, levantó el teléfono, pero la persona a quien buscaba no se hallaba en su casa.

—Salió a pescar —le informó el ama de llaves.

—¿Puede decirme a dónde ha ido, señora? —preguntó Talmadge.

La sirvienta le dio las indicaciones precisas. Talmadge colgó el teléfono y corrió hacia la puerta de su despacho.

—Voy a ver si encuentro al juez Heldman —dijo a uno de sus subordinados.

—Está bien, sargento.

En realidad, nada de lo que concernía a Forito pertenecía a su departamento, pero el joven conocía y apreciaba a Heldman, y quería ponerle sobre aviso.

Dos horas más tarde, vio a un hombre vestido con camisa a cuadros y pantalones vaqueros, sentado a la orilla de un río y con una caña en la mano. La blanca cabellera estaba cubierta por un sombrero blanco, de color caqui, y la pipa emitía delgadas columnas de humo, sujeta por los dientes de un juez que en aquel momento parecía un ser completamente distinto.

Talmadge decidió portarse con cierta cautela.

Sin hacer ruido, caminó por la orilla, hasta sentarse junto al pescador. Este tenía su cesta al lado y Talmadge la abrió un momento.

—Buena pesca, Señorita —comentó.

Heldman no se volvió siquiera.

—En estos momentos soy Lars simplemente, sargento —dijo.

—A mí me llaman Ronnie, señor... Perdón, Lars. Un día magnífico, ¿verdad?

—Sí, maravilloso. Ronnie, ¿cuándo se ha escapado Forito?

Talmadge respingó. Heldman sonrió levemente.

—¿Acaso pensaba que no sabría darme cuenta? Usted no tenía por qué venir aquí, a verme sentado con una caña en las manos, a no ser que hubiera sucedido algo importante. Se ha escapado, ¿verdad?

—Sí, señor —confirmó el joven—, Pero ha debido de recibir ayuda desde el exterior...

—Seguramente, le pasaron una lima metida dentro de un pan —dijo

Heldman festivamente.

—No, señor. Alguien cerró los ojos oportunamente y no quiso mirar un cubo grande lleno de basuras. El camión que se las llevaba, no era de la empresa que tiene la concesión, aunque sí del mismo tipo y pintado con sus rótulos. El auténtico se encontró más tarde, fuera del camino y con su conductor desnudo, atado y amordazado.

—Bueno, al menos no se puede decir que Forito no sea hombre de palabra. ¿Qué van a hacer ustedes, Ronnie?

Talmadge suspiró.

—A mí me asignaron casi desde un principio a la división de números, ya sabe: libros falsificados, impuestos que no se pagan... Burocracia, en suma, Señoría... perdón, Lars.

—¿Le gustaría más la acción, Ronnie?

—Pues... estar constantemente detrás de una mesa de escritorio no es mi ideal de policía —respondió el joven.

—Ronnie, usted está empezando, como quien dice. ¿Por qué no termina la carrera y deja una profesión que no le ofrece demasiado porvenir? Resulta muy lamentable ver a un joven de sus cualidades, desaprovechando la inteligencia que Dios le concedió... Hágame caso, Ronnie; obtenga el título y establézcase. Se necesitan abogados honestos, valientes... y usted lo es en todos los sentidos.

—Lo he pensado muchas veces, pero me da pereza...

—Claro, porque tiene el pan seguro; pero, en ocasiones, es preciso arriesgarse y perder un poco para ganar más. Ronnie, usted de fiscal y yo como juez, formaríamos un equipo poco menos que invencible y barreríamos la podredumbre de la ciudad, se lo aseguro.

—Me lo pensaré, Lars. Pero ahora tendríamos que hablar de otras cosas más urgentes. ¿Qué piensa hacer con respecto a Forito?

El juez señaló otra cesta, en la que tenía provisiones.

—Ábrala, Ronnie.

Talmadge obedeció. Dentro de la cesta se veía un revólver de cañón corto y grueso calibre.

—Espero que a Forito no le dé por acercarse a la distancia suficiente de ese revólver —dijo Heldman plácidamente—. De todos modos, gracias por haber venido a avisarme, Ronnie.

—¿Eso es todo, juez?

—¿Te sientes decepcionado? ¿Acaso pensabas que iba a cavar inmediatamente un agujero para esconderme?

—Bueno, yo...

Inesperadamente, Heldman se quitó el sombrero y lo retuvo unos instantes en alto.

—Ronnie, aún no he cumplido el medio siglo y, gracias a Dios, estoy fuerte como un roble. Pero estas malditas canas me ponen diez o quince años más encima. Supongo que sabes lo que me pasó.

—Sí, desde luego...

Heldman volvió a cubrirse. Se quitó la pipa de los dientes y sacudió la ceniza golpeando la cazoleta contra el tacón de una de sus botas.

—Ronnie, ya hemos hablado bastante —agregó Heldman—. Si quieres quedarte, tengo una caña y cebos de repuesto.

—Gracias, Lars, pero sólo vine a avisarle. Por supuesto, la Policía ha montado un dispositivo de seguridad...

—Forito es muy astuto. No le echarán el guante.

—Quizá sí...

—Pero acabará mal, te lo aseguro.

Heldman calló y ya no quiso añadir una sola palabra. Talmadge comprendió que el juez no deseaba seguir comentando más el asunto.

—Hasta la vista, Lars.

Heldman contestó con un gruñido. Talmadge volvió a su coche, hondamente preocupado, porque conocía a Forito y sabía que el forajido no dejaría de intentar su venganza contra el juez que le había condenado.

Forito, además, tenía amigos que compartían sus mismas ideas. Sin embargo, tanto Forito como sus compinches eran personajes de segunda categoría, meros ejecutores de las órdenes que daba alguien, situado en un puesto muy elevado y, desde luego, oculto bajo una apariencia completamente honesta.

¿Quién era el personaje que manejaba los hilos de la trama?

Talmadge se dijo que le gustaría saberlo. Pero ¿cómo conseguir un objetivo que había resultado hasta entonces completamente inalcanzable, incluso a los policías más expertos?

Cuando salía a la carretera, desde el camino que conducía al río, estuvo a punto de chocar contra un descapotable rojo, conducido por una hermosa joven.

Talmadge casi lanzó un grito de sorpresa. Ella pudo frenar a tiempo y le dirigió una sonrisa de disculpa.

—Perdóneme, estaba un poco distraída. Por fortuna, no iba a mucha velocidad...

Brenda arrancó casi de inmediato. Talmadge vio su coche perderse en la lejanía. Era curioso, se dijo; durante un año, no había tenido noticias de la joven. ¿De dónde venía? ¿Qué había hecho durante aquel tiempo?

Aún había otra pregunta más cuya respuesta le habría gustado conocer:

—¿Está casada?

CAPÍTULO II

Lanzando un suspiro de satisfacción, Johnny Forito abrió la puerta de la casa y pasó al interior. Con aire desenvuelto, se quitó la chaqueta y la arrojó sobre un sillón.

Sus dos mejores amigos, Phil O'Reilly y Nate Veran llegarían dentro de muy pocos minutos. Luego, entre los tres, trazarían un plan que le permitiese vengarse del juez Heldman.

Aquel maldito juez iba a saber lo que era bueno, se dijo rabiosamente. A pesar de que no sabía expresarlo, a Forito, casi más que los años de la sentencia, le escocía la humillación de que había sido objeto en público. Era algo que no perdonaría jamás.

Rezongó algo entre dientes. Le habían indicado que se escondiese en aquella casa. Pero ¿no se había acordado nadie de dejar siquiera una botella?

Para buscar algo de beber, se volvió en redondo. Entonces sintió un helado soplo que le recorría la espalda.

El hombre estaba sentado frente a él, con una pistola en la mano. El cañón estaba prolongado en un tubo grueso y cilíndrico.

Forito abrió la boca para gritar. El otro habló antes:

—Adió, Forito.

El arma emitió un chasquido apenas audible. La bala perforó la frente del forajido.

Forito abrió los ojos y saltó hacia atrás. Al caer, estaba muerto.

Un cuarto de hora más tarde, se abrió la puerta. Phil O'Reilly vio a un hombre sentado en un diván, con un periódico sobre la cara.

Sonrió alegremente.

—Despierta, Johnny —dijo, a la vez que se acercaba, para quitarle el periódico, que tiró inmediatamente a un lado—. Vamos, arriba...

O'Reilly pegó un salto que le hizo separarse un par de metros, del sillón.

—¡Cristo!

—Eh, Phil —llamó alguien.

O'Reilly se volvió. También pudo ver una pistola con silenciador.

Algo le golpeó en la frente. La sensación de dolor duró una infinitesimal fracción de segundo.

Diez minutos después, llegó Nate Veran.

—Caramba, vaya tipos —exclamó, al ver a los dos sujetos, sentados en sendos sillones y con los rostros tapados por periódicos—. Han debido agarrar una buena...

Cuando Veran vio dos frentes perforadas por sendos balazos, sintió un pánico horrible.

Trató de huir. La bala que le alcanzó en la nuca fue muchísimo más rápida. Veran se estrelló contra la puerta que no había podido abrir y

cayó al suelo hecho un ovillo.

Luego, el asesino guardó el arma y se marchó discretamente, sin que nadie le viese ni sospechase lo que había ocurrido en aquella casa.

* * *

—Este periódico hierve —murmuró Talmadge, al leer los gruesos titulares en los que se anunciaba la muerte de Forito y dos de sus compinches.

—El informador hablaba de un posible ajuste de cuentas. Las tres muertes tenían todo el aspecto de una ejecución. El periodista añadía que el juez Heldman podría dormir tranquilo. Forito ya no podría llevar a cabo la venganza anunciada.

A Talmadge le interesó el caso. Alguien, en la ciudad, se habría quedado sin tres valiosos colaboradores. Una vez más, se preguntó quién era.

Talmadge estaba cenando en un restaurante, al que solía acudir con cierta frecuencia. Aunque conocía la versión de los hechos por el teniente encargado del caso, la lectura del periódico también había resultado interesante.

Dejó el diario a un lado y se aplicó a consumir su plato. De pronto, vio algo que le hizo parpadear.

—Vaya, ella está aquí —murmuró.

Brenda Mallinson estaba sentada unas mesas más adelante. Parecía esperar a alguien.

Inesperadamente, un hombre vino a sentarse frente a él.

—Sargento, ¿no me invita a un trago?

Talmadge sonrió.

—Pide lo que quieras, Buddy —accedió.

Buddy Speall, alias *el Conejo*, llamó la atención de la camarera. Cuando tuvo delante un vaso bien provisto, dijo:

—Quiero hacerle un favor, sargento.

—Buddy, no tengo fondos asignados para lo que ya sabes —respondió el joven.

—Oh, vamos, esta vez me conformaré con la copa. Supongo que ya está enterado de lo que les pasó a Forito y sus dos mejores amigos.

—Sí. —Talmadge señaló el periódico que había dejado en una esquina de la mesa—. Además, me lo dijeron en el Departamento. ¿Quién lo hizo, Buddy?

Speall se encogió de hombros.

—Un tipo con mucha puntería. Tres balas, tres hombres al infierno. Muchos dormirán tranquilamente esta noche, el juez Heldman el primero de todos.

—Buddy, tú no has venido aquí para comentar la noticia. ¿Por qué no sueltas la lengua de una vez?

—Tiene razón —respondió el confidente—. Usted se imagina fácilmente que Forito y sus amigos eran los tipos que hacían los trabajos sucios para cierta persona.

—Sí, desde luego.

—Quien sea, está muy bien oculto. Pero quizá Diana Farr pueda decirle algo. Por lo menos, creo, le dará una pista.

—¿Quién es Diana Farr?

—Tiene una agencia de «contactos». Calle Brewster, dos mil noventa y siete.

—Entiendo. ¿Era amiga de Farr, por casualidad?

—Todo lo contrario. Estoy seguro de que se habrá tomado un par de copas de champaña para celebrar su muerte.

—Entonces...

—Vaya a verla. Dígale que le envío yo.

Speall se tocó una de las orejas y lanzó una risita.

—Indíquele mi apodo —agregó—. Estas orejas mías... Bugs Bunny se sentiría avergonzado si le comparasen conmigo.

Speall vació la copa y se puso en pie.

—Diana Farr podrá darle otras cosas, además de información —se despidió.

Talmadge se quedó solo. Durante unos momentos, permaneció indeciso. ¿Debía ir a ver a Diana aquella misma noche? ¿No convendría que pasara la confidencia al oficial encargado del caso?

En aquel momento vio a Brenda que se ponía en pie y no parecía hacerlo por su voluntad.

Un hombre, de rostro pétreo y expresión malhumorada, estaba junto a ella, sujetándola por un brazo. Brenda protestó pero el otro tiró de la joven hacia la salida y ella tuvo que seguirle.

Talmadge decidió intervenir. Dejó unos billetes sobre la mesa y corrió hacia la puerta. Cuando salía, vio que Brenda Mallinson estaba a punto de ser introducida en un coche negro, enorme.

—Eh —gritó—, dejen a esa mujer inmediatamente.

Brenda se volvió y el hombre que estaba a su lado hizo lo mismo. Talmadge avanzó, con la placa en la mano.

—Policía —anunció—. Puede marcharse, señorita Mallinson...

—Gracias, pero no es necesario —contestó ella sorprendentemente—. Este caballero me ha invitado a su casa.

Talmadge se quedó con la boca abierta. El hombre sonrió.

—Ya lo ha oído, sargento.

Brenda y su acompañante entraron en el coche, que arrancó momentos más tarde. Talmadge se quedó en la acera, completamente desconcertado.

Pero, de pronto, se dio cuenta de que Brenda no había actuado con entera libertad. Sin perder tiempo, fue a su coche y se lanzó en

persecución del otro.

Al cabo de unos momentos, reparó un detalle que le había pasado por alto.

—Este tipo me llamó sargento... ¿De qué me conoce...? —se preguntó, muy intrigado.

* * *

La casa era enorme, lujosa. Talmadge sabía que al irrumpir en una residencia privada sin permiso de un juez, podía meterse en un grave compromiso, pero no le importó.

Caminando por el jardín, muy grande, de exuberante vegetación y, procurando ocultarse entre los arbustos y los macizos de flores, llegó a las inmediaciones de la terraza posterior, brillantemente iluminada, en la que se veía una gigantesca piscina.

Brenda estaba allí conversando con un sujeto elegantemente ataviado con un batín corto, negro, de solapas color vino, y pañuelo de seda blanca. El sujeto aparentaba unos cuarenta y cinco años, muy bien llevados, aunque su cabeza empezaba ya a acusar la pérdida de más pelo del conveniente.

Dos tipos, de aspecto poco agradable, uno de los cuales era el que se había llevado a Brenda del restaurante, se mantenían en pie a poca distancia de los interlocutores. El que era, sin duda, dueño de la casa, estaba sentado en una butaca de mimbre, con la espalda dirigida a la piscina.

Brenda se hallaba en pie. Talmadge la vio hablar, y la joven parecía furiosa. El otro, sin embargo, reía burlonamente.

De pronto, Brenda se acercó al sujeto y le asestó un tremendo empujón.

Se oyó un grito de susto. El dueño de la casa braceó desesperadamente, pero no pudo evitar la voltereta que terminó en el agua.

Los dos guardaespaldas corrieron inmediatamente hacia la joven. Uno de ellos parecía ser más rápido y se adelantó a su compinche.

Brenda le aguardó inmóvil. En el último instante, hizo un hábil quiebro, pero dejó la pierna derecha extendida. El sujeto tropezó y empezó a volar por los aires.

El dueño de la casa emergía en aquel momento. Las dos cabezas chocaron con sonido a hueco. Talmadge no puso contener una sonrisa.

—Es una chica valiente —murmuró.

El guardaespaldas ileso echó mano a algo que llevaba bajo la chaqueta. Brenda agarró una botella y la estrelló contra el antebrazo.

Se oyó un chillido de dolor. Inexplicablemente, la botella había resistido sin romperse. Brenda golpeó ahora la frente del sujeto y la botella estalló en mil pedazos. El licor se mezcló con la sangre. El

hombre cayó de rodillas, aullando lastimeramente.

Talmadge se dijo que ya había visto bastante y emprendió la retirada.

* * *

Brenda salió del jardín y miró a derecha e izquierda. Un coche rodó lentamente hasta situarse a su altura.

—Busca un taxi, pero no es hora apropiada —dijo Talmadge.

Ella se inclinó un poco para mirarle.

—Tampoco es la hora apropiada para que usted esté aquí —contestó.

—La aguardaba a usted. Estamos lejos del centro y su coche se ha quedado en las inmediaciones del restaurante.

Brenda abrió la portezuela y se sentó junto al joven.

—¿Tiene un cigarrillo, sargento?

Sage le entregó un paquete de tabaco.

—Mi nombre es Ronald. Puede llamarme Ronnie, Brenda.

—Usted ya me conoce a mí. ¿Cómo lo ha averiguado? Oh, no me diga más; es policía...

Brenda encendió el cigarrillo, expulsó el humo y devolvió el paquete a su dueño.

—¿Qué hacía por aquí, Ronnie?

—Me avisaron de que iba a haber un magnífico espectáculo: «¡Tres fornidos truhanes, tres, en lucha feroz con la valerosa Brenda Mallinson! ¡Emoción a raudales! Acción, intriga, peleas...» —voceó, como si fuese el anunciador de un circo—. Y me dije que eso no me lo perdía por nada del mundo.

—Entonces, ¿lo ha visto?

—Sí.

—¿No me pregunta por qué lo hice?

—Si no quiere decírmelo, no la obligaré a que hable. A fin de cuentas, es preciso recordar que en estos momentos estoy fuera de servicio.

—No lo parecía antes, cuando mostró su placa.

—Entonces creí que la forzaban a entrar en aquel coche.

—Y, hasta cierto punto, era verdad. Primero quise resistirme, pero luego dije que lo único que me interesaba era entrevistarme con aquel hombre.

—El dueño de la casa, supongo.

—Sí. Había pensado ir a su oficina, en el barrio comercial. Pero sus esbirros fueron a buscarme y decidí seguirles. De todos modos, gracias por su intervención.

—Le aseguro que ha sido un placer, Brenda.

Callaron unos momentos. Luego, ella dijo:

—No me ha preguntado por qué quería hablar con ese hombre, Ronnie.

—Sus motivos tendría, me imagino, y no quiero que me diga nada, si

no está dispuesta a ello en estos momentos.

—Gracias. Es usted muy comprensivo.

—Pero sí me gustaría saber quién es el tipo al que dio un baño de impresión,

—Hardley F. Van Cort. ¿Le suena ese nombre?

—No, aunque ya procuraré obtener datos sobre él. Brenda, ¿va a seguir más tiempo en la ciudad?

—Sí, desde luego.

Ella abrió su bolso y sacó una tarjeta, que puso encima de la repisa del coche.

—Para evitarle el trabajo de averiguar mi dirección —sonrió—. El teléfono está también incluido, Ronnie.

—Gracias, Brenda.

CAPÍTULO III

Llamó a la puerta de la casa y alguien le observó a través de una mirilla. Luego oyó ruido de cerrojos que se descorrían.

Una muchacha joven, con uniforme negro de sirvienta, apareció ante sus ojos.

—¿Señor?

—Soy Ronald Talmadge. Deseo hablar con la señora Farr.

—Señorita —puntualizó la criada—. Pase, por favor.

—Gracias.

Talmadge entró y se halló en un pequeño vestíbulo, de forma circular, en el que se veían dos puertas, ambas cubiertas por sendas cortinas de color rojo oscuro. La chica desapareció detrás de una de aquellas cortinas.

A los pocos momentos, volvió y mantuvo la cortina apartada con una mano.

—La señorita Farr le aguarda, señor. Suba al primer piso, por favor.

Talmadge hizo un gesto afirmativo. Cruzó la puerta y se encontró en un gran salón, agradablemente decorado y en el que, incluso, vio un piano de cola. A la izquierda, arrancaba una escalera en semicírculo, con barandilla de hierro forjado, pintada de blanco y oro, los colores predominantes de la decoración. Los peldaños estaban cubiertos por una espesa alfombra de color rojo, idéntico al de las cortinas.

Talmadge emprendió la ascensión. La escalera terminaba en un pequeño corredor, al que daba una puerta también protegida por una cortina.

—Señorita Farr —llamó.

—Aquí —contestó una voz femenina.

Talmadge separó la cortina y se encontró en una especie de gabinete de trabajo, amplio, bien iluminado y amueblado con mucho gusto. Sentada tras una mesa escritorio había una hermosa mujer de unos treinta y cinco años.

El pelo era color rojo fuego y los ojos tenían un cierto matiz verdoso, que confería una expresión un tanto exótica a sus facciones. Ella le miró sonriendo, con las gafas de leer en la mano izquierda y una pluma en la otra.

—Siéntese, señor Talmadge —invitó Diana Farr—, Si desea beber, sírvase a su gusto.

—Gracias, no estoy sediento por ahora. Me envía un conocido suyo, Buddy Speall...

—Sí, me avisó que usted podría venir a verme. Bien, ¿en qué puedo servirle, señor Talmadge? ¿O prefiere que le dé el título correspondiente a su graduación?

—¿Por qué no me llama Ronnie, simplemente?

—De acuerdo, como quiera, Diana se recostó en el sillón. Vestía una liviana túnica multicolor y, pese a que no era transparente, Talmadge pudo apreciar la doble curva de los senos, firmes y bien contorneados —. Empiece ya, Ronnie.

—Antes de empezar a hablar, permítame una advertencia. Estoy aquí a título particular. No es una visita oficial.

—Muy bien. Y, ¿de qué se trata?

—Asunto: Johnny Forito y dos más, los tres muertos de sendos balazos.

Diana pareció meditar un instante. Luego adelantó un poco el busto y abrió una cigarrera.

Talmadge esperó a que ella volviese a hablar. Diana quedó casi envuelta en nubes de humo. Agitó una mano para dispersarlo, miró al visitante y sonrió.

—¿Sabe? Cuando conocí la muerte de Forito destapé una botella de champaña —dijo al cabo.

—Por lo visto —sonrió Talmadge—, Forito no era lo que suele decirse santo de su devoción.

—No. Y le diré aún más: me habría gustado tener el valor suficiente para vaciarle un cargador en su cochino cuerpo. Me habría gustado verle sufrir, pedir misericordia... Escúcheme, Ronnie: sea quien sea el que mató a Forito, merecerá siempre mi eterno agradecimiento.

—Estaba muy resentida con él. ¿Por qué?

Diana dejó el cigarrillo a un lado y se puso en pie. Luego, volviéndose de espaldas al joven, se bajó la túnica hasta la cintura.

—¿Le parece un motivo más que suficiente? —preguntó.

Talmadge contempló las señales de unos latigazos que, calculó, no se borrarían de aquella espléndida espalda.

—Puede cubrirse, Diana.

Ella se sentó, pero no hizo el menor gesto para cubrir sus senos.

—Estoy bien así. Así estaba cuando me anunciaron su visita. Mejor dicho, no llevaba nada encima.

—¿Le gusta el desnudismo?

—En casa, sí. Fuera... ya no puedo quitarme la ropa.

—¿Por qué la azotó Forito?

—Mi agencia de «contactos» es un negocio muy productivo. Hubo una temporada en que yo bebía los vientos por Forito, antes de que, desde luego, me enterase de la clase de sujeto que era. Johnny quiso meter las manos en el negocio. Hay algo que nunca me ha gustado y es mantener a un hombre. Entonces, Forito me amarró a una cama, me hizo objeto de las más increíbles vejaciones que usted se pueda imaginar y luego me arreó media docena de latigazos con su cinturón. Era un sádico y si Satanás necesita ayudantes en el infierno, no cabe duda de que Forito será el jefe de esos colaboradores.

—¿Quién lo mató, Diana?

—No lo sé, y si lo supiera, tampoco se lo diría.

Sobrevino un momento de silencio. Diana encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior.

Talmadge fue el primero en hablar.

—Forito, y sus compinches, desde luego, trabajaban para alguien.

¿Quién puede decirme sobre el particular, Diana?

—Nada. A ese respecto, Johnny era mudo como una tumba.

—En la «profesión» que ejercía se gana mucho dinero. ¿Por qué iba a querer parte de su negocio?

—Tengo un archivo muy interesante. Y los ingresos que percibo son muy elevados. En cierto modo, Johnny quería abandonar el oficio, para vivir a mi costa sin dar golpe.

—Entonces, ¿no sabe...?

—El único, tal vez, que podría decirle algo, aunque lo dudo mucho, es Alvin Sheadley. A veces, Johnny trabajaba para él.

—¿Quién es Sheadley?

—Tiene tres o cuatro locales, pero nunca le verá poner los pies en ninguno de ellos. Los dirige desde su oficina, situada en la calle North Road.

—Veré a ver si me conviene hablar con Sheadley.

—Dudo mucho de que pueda arrancarle una sola palabra —sonrió Diana—. Usted es policía y no puede actuar, apartándose de ciertas normas.

—Lo intentaré, al menos.

—Entonces, le deseo un éxito completo. Pero... una cosa, por favor.

—Sí, Diana.

—No busque al hombre que eliminó a Forito y sus compinches. Déjelo en paz.

—No me incumbe a mí buscarlo —respondió Talmadge.

—Ese hombre merece un monumento —dijo ella.

Talmadge se puso en pie. Diana sonrió.

—Ronnie, cuando le apetezca, llámeme. Le proporcionaré una chica preciosa, amable y complaciente. Invita la casa.

El joven se echó a reír.

—Eso sería tanto como darme a beber de una botella ajena —contestó maliciosamente.

Y se encaminó hacia la puerta.

—Me gustaría probar su propia botella, Diana.

—Algún día, Ronnie.

—Sí, algún día. Adiós.

La doncella le acompañó hasta la puerta.

—Vuelva cuando guste, señor —sonrió.

Talmadge la miró de pies a cabeza.

—Dígame su día libre, señorita...

—Audrey, señor Talmadge. El viernes por la tarde hasta el sábado por la noche.

—Lo tendré en cuenta, Audrey.

Talmadge salió de la casa. Se preguntó cuándo resultaría más conveniente efectuar una visita a Sheadley.

Mientras tanto, ¿por qué no ir a casa de Brenda?

* * *

El hombre se apeó del coche y cerró la portezuela. Luego, haciendo saltar las llaves en la palma de la mano, se dispuso a cruzar la acera. Parecía un hombre feliz, satisfecho de la existencia. En el ojal de la solapa llevaba una gardenia. Con aire placentero, levantó un poco la solapa y acercó la nariz a la flor.

Habla unos cuantos chiquillos en las inmediaciones. Dos mujeres charlaban a poca distancia. En la puerta de su tienda, un comerciante contemplaba la calle con aire aburrido. Un poco más allá, un empleado del municipio se disponía a enchufar una manguera para regar el pavimento.

Hople Danson volvió a olisquear la flor. Luego levantó la vista hacia el tercer piso de la casa en la que se disponía a entrar. Sí, allí le aguardaba ella, dulce, cariñosa, complaciente...

Un joven salió del edificio en aquel momento. Era delgado, de pómulos salientes y piel muy blanca. Danson lo vio demasiado tarde.

El joven sacó una pistola cuando estaba a un paso de Danson. Este abrió la boca para gritar.

Los tres disparos fueron hechos en un segundo. Danson dio un tremendo salto. En el aire, empezó a girar, para acabar cayendo de bruces al suelo.

La gente volvió sus caras a oír los disparos. Tranquilamente, como si no hubiera sucedido nada, el joven de la cara blanca subió a un coche que estaba aguardando con el motor en marcha. El automóvil arrancó a toda velocidad, antes de que en ninguno de los presentes se hubiese producido el menor gesto de reacción.

Ni siquiera tuvieron tiempo de tirarse al suelo para esquivar una posible bala perdida. Cuando se dieron cuenta de que se había cometido un asesinato, el pistolero y su cómplice habían desaparecido ya del barrio.

* * *

La puerta se abrió y Brenda miró un instante al hombre que estaba parado ante el umbral. Luego sonrió ligeramente.

—Pase, Ronnie.

—Gracias.

Talmadge cruzó el umbral. La casa estaba decorada con notable gusto.

Los muebles eran sencillos, Pero de excelente calidad. En las paredes había láminas que eran reproducciones de cuadros famosos. Talmadge vio que abundaban los grandes maestros del siglo XVI.

Pero también vio un par de cuadros abstractos.

—Ecléctica en sus gustos artísticos —comentó.

—Hace bonito —contestó ella—, ¿Café, Ronnie?

—Sí, gracias.

—Siéntese, por favor.

Brenda se marchó. Era, o al menos lo parecía, una mujer culta, refinada, de porte y ademanes distinguidos y que, además, parecían innatos en ella. De repente, divisó al fondo un caballete, con un gran cuadro cubierto con un paño.

Le picó la curiosidad. Sin poder contenerse, cruzó la sala, llegó ante el caballete y levantó el paño.

Inmediatamente, dio un tremendo respingo.

—¡Demonios!

Bajó la mano y el paño volvió a cubrir la pintura. Durante unos momentos, Talmadge se sintió completamente desconcertado.

—¿Quién lo dijera...?

Brenda vino a poco con una bandeja en las manos.

—¿Azúcar?

—Un terrón, por favor.

La joven se sentó frente a él.

—¿Por qué no habla sin temor? —invitó.

—¿Cómo sabe que tengo miedo a hablarle?

—Se deduce en su expresión. Quiere hacerme preguntas y no sabe por dónde empezar.

—Es que... la verdad, no actúo oficialmente...

—¿Utilizaría mis respuestas si fuese preciso?

—No, a menos que sea absolutamente necesario. Y, desde luego, siempre con su autorización.

—La verdad, no sé qué interés puede tener usted en mis acciones —dijo Brenda.

—Me extrañó lo sucedido la otra noche. Usted discutió violentamente con Van Cort. Tengo la impresión de que no es mujer amante de la violencia, pero se portó como una leona.

—Me defendía, Ronnie.

—Sí, pude verle, pero... ¿cuál fue el motivo de la discusión?

—Mi hermana. Y su hijo. El padre es Van Cort.

—Su hermana, supongo, debe de tener una edad muy parecida a la suya.

—Dos años menos. Yo voy a cumplir veinticinco el mes próximo.

—¿Qué le pedía a Van Cort?

—Una cosa muy sencilla: casarse con mi hermana —respondió Brenda.

CAPÍTULO IV

Talmadge se reclinó en el diván y encendió un cigarrillo.

—Su hermana ha tenido un niño y el padre es Van Cort —dijo al cabo.

—Exactamente.

—Bueno, no es muy agradable..., pero hoy día ya no se le da tanta importancia...

—Todas las cosas tienen la importancia que se le quieran dar —contestó ella rígidamente—. Entre los Mallison, mantener el buen nombre ha sido siempre esencial.

«El viejo concepto del honor de las gentes del Sur», pensó Talmadge inmediatamente.

—¿Dónde nació usted, Brenda?

—En Atlanta, Ronnie.

—Sí, se nota el acento... Pero siga, por favor. Usted quiere que Van Cort se case con su hermana, sólo por el hecho de que el niño tenga un apellido.

—Sí, aunque se divorcien al día siguiente. Van Cort es un hombre con mucho dinero, pero no le pedimos un centavo a cambio de su matrimonio y divorcio subsiguiente.

—Él se niega, supongo.

—Eso es, Ronnie.

—¿No tiene forma de obligarle a que ceda?

—No, en absoluto.

—¿Cartas, fotografías...?

—Mi hermana tenía un paquete de cartas, con algunas fotografías. Un día desapareció misteriosamente. Sospechamos que fue obra de Van Cort, pero, ¿cómo probarlo?

—De ninguna manera, en efecto —convino Talmadge—. Bien, Brenda, lo siento mucho, pero creo que se enfrenta usted a un problema insoluble... a menos que se decida a entablar un pleito para la prueba de la paternidad. Pero lo único que conseguirían sería una pensión para manutención del niño y de la madre.

—¡No, no, en absoluto! —rechazó ella la idea vivamente.

—Le desagrada la publicidad, ¿eh?

—¿No es capaz de imaginárselo?

—Desde luego. Pero si es así, tendrán que resignarse a que el niño sea hijo de una madre soltera. Y aún más, si me permite ser franco, brutalmente franco.

—Se lo agradeceré, Ronnie —dijo ella.

—Bien, tomemos las cosas bajo el punto de vista del concepto del honor que tienen los Mallinson. Su hermana, siendo soltera, ha tenido un niño. Aunque se case con el padre, ya ha perdido el honor.

Brenda se sulfuró vivamente.

—Pero, casándose, recobraría su buen nombre...

—Ya lo perdió al entregarse a Van Cort.

Hubo un instante de silencio.

—Veo que no nos entendemos, Ronnie —dijo ella al cabo.

Talmadge se puso en pie.

—Lo que pasa es que usted es un poco hipócrita —dijo bruscamente.

El rostro de Brenda enrojeció.

—Ronnie, no le permito...

Impasible, Talmadge cruzó la estancia de nuevo y, con gesto repentino, descubrió el cuadro.

—Aquí está usted, completamente desnuda —dijo—, ¿Tengo o no tengo razón?

—Lo ha visto antes —exclamó Brenda.

—No pude evitarlo. Vi un cuadro tapado y me picó la curiosidad.

—Bueno, el desnudo es un arte...

—Para la mentalidad retrógrada de los Mallinson, el desnudo deberla ser algo pecaminoso y nefando. ¿Quién fue el pintor?

—Mi prometido. Se llamaba Vernon Cavalier de Fleur. Era descendiente de una noble familia francesa, afincada aquí hace un par de siglos.

—Su prometido —repitió él pensativamente—. Usted es muy hermosa. ¿No ocurrió nada durante las sesiones de pintura?

—¿Le importaría mucho?

—Claro que no, pero como esas relaciones no tuvieron consecuencias, no pasó nada. En cambio, a su pobre hermana...

—Por favor —cortó Brenda con voz crispada—. Dejemos esto. Sobre todo, si tenemos en cuenta que mi prometido murió hace algo más de un año.

—Perdóneme. Acepte mi simpatía.

—Gracias. Lo mató, aunque no se le pudo probar, Johnny Forito.

Talmadge alzó las cejas, vivamente sorprendido. Sin embargo, no hizo ningún comentario.

—Le ruego acepte mis disculpas. Siento mucho lo que le ocurrió al señor De Fleur.

Dejó caer el paño sobre el cuadro y se encaminó hacia la puerta.

—Creo que no volveremos a vernos, Brenda.

—¿Por qué?

—He sido muy brusco con usted, innecesariamente duro. No he sabido darme cuenta de que cada uno puede tener sus sentimientos y no es de personas decentes herir a uno en lo más íntimo de su ser.

Talmadge abrió la puerta y se marchó. Ahora comprendió el interés de Brenda en asistir al juicio contra Forito.

Pero eso había ocurrido un año antes. ¿Había venido ahora sólo por solucionar el problema de su hermana?

Por un momento, pensó en que Brenda podía tener alguna relación con la muerte de Forito y de sus dos compinches, pero desechó la idea casi de inmediato. El viaje había sido una pura coincidencia. Ella no tenía medios de enterarse tan pronto de la fuga de Forito y mucho menos del lugar en que el pistolero había ido a esconderse.

Al día siguiente, hizo un descubrimiento notable, cuando preguntó a uno de sus colegas, que estaba asignado al Departamento de Homicidios, si tenía alguna noticia sobre la muerte de un tal Cavalier de Fleur.

—Ya lo creo —contestó el otro policía—. Lo mató Forito, aunque, como de costumbre, no se presentaron pruebas contra él.

—Sí, me lo imagino.

—Pero el nombre del muerto era sólo un seudónimo. En realidad, se llamaba Jack

Smith. Este era su nombre verdadero, nada aristocrático, como puedes apreciar.

—Vaya, ésa sí que es una sorpresa —rió Talmadge—. Y, ¿qué le hizo el tal Smith a Forito?

—Aún no se sabe muy bien, aunque una cosa es cierta: Smith era un pintor bastante notable, pero había algo que aún hacía mucho mejor que embadurnar telas: falsificar billetes de Banco.

Talmadge se quedó pasmado de asombro. El interfono sonó en aquel momento y su colega tocó la tecla de contacto. Escuchó unos momentos, asintió y luego se disculpó con el joven.

—Perdona, Ronnie, pero tengo que interrogar a un pájaro de cuenta.

—¿Quién es, si se puede saber?

—Claro. Se llama Mitch Bewell y se le acusa de haber asesinado ayer a Hople Danson.

* * *

El hombre estaba junto al mostrador de un bar, muy ocupado en vaciar una enorme jarra de cerveza. Era de mediana estatura, con indudables señales de una futura obesidad y el cráneo muy escaso de pelo, sobre todo en la parte superior delantera. Talmadge se acercó a él y le mostró su placa.

Bob Ladder hizo un gesto de hastío.

—Hombre, no, ya me han interrogado unos dos mil policías...

Talmadge sonrió.

—Entonces, yo soy el número dos mil uno. —Movi6 la mano—. Sírvale otra jarra al caballero —ordenó al mozo.

—Sí, señor.

—Bien, ¿qué quiere usted, señor...? —preguntó Ladder.

—Sargento Talmadge. Verá, me han asignado al caso recientemente y quiero conocer detalles de lo que le pasó a usted, cuando iba a recoger

la basura del penal.

Antes de contestar, Ladder arreó un fenomenal trago a la segunda jarra de cerveza. Se limpió con el dorso de la mano y dijo:

—No hay mucho que explicar. Había un coche parado en el centro del camino y tuve que detenerme. Tres tipos corrieron hacia mí, amenazándome con las pistolas. Mi hicieron bajar y me llevaron al bosque, en donde me quitaron el uniforme, que se puso uno de ellos. En cierto modo, se me parecía bastante; también está entrado en carnes y está medio calvo. Luego se largaron... y eso es todo lo que sé.

—El que tomó el puesto de conductor se parecía bastante a usted. ¿Y los otros?

—Uno de ellos tenía aspecto corriente. El tercero, el que parecía dirigir la operación, era alto, fuerte, con unos puños como mazas. La cara tenía un color terroso, como si padeciese alguna enfermedad... pero me pareció que era un rostro de piedra. Los ojos daban miedo, créame.

—¿Hizo esta misma descripción a otros colegas míos, señor Ladder?

—Sí, señor, pero ya no he vuelto a saber más...

Talmadge dio una palmada en el hombro del sujeto.

—Gracias —se despidió.

Al salir se preguntó quién era el hombre del rostro que parecía de piedra. Muy alto y fornido... ¿No había visto a un tipo semejante muy pocos días antes?

De pronto, chasqueó los dedos.

—Claro, el tipo que se llevó a Brenda a la residencia de Van Cort —exclamó.

Ladder había dado una descripción muy completa del sujeto. ¿Por qué no lo habían detenido?

Al día siguiente, tuvo la respuesta, cuando hurgó en unos archivos. El sujeto se llamaba Kid Logan y había podido probar su coartada, por lo que se le había dejado ir sin más trámites.

—Sería interesante comprobar quién le proporcionó esa coartada —se dijo.

* * *

Una atildada secretaria le recibió, escuchó sus pretensiones y luego le dijo:

—No sé si el señor Sheadley podrá recibirle. Está muy ocupado...

—Al menos, inténtelo, señorita.

—Sí, desde luego.

La secretaria se marchó. Mientras Talmadge esperaba, un individuo entró silbando en la antesala.

Vestía con afectada elegancia y parecía muy satisfecho de la vida. Talmadge le concedió una mirada indiferente. El otro no pareció

siquiera fijarse en él.

La secretaria salió a los pocos momentos.

—Lo siento, el señor Sheadley no puede recibirle...

—Nena, voy a hablar con el jefe —exclamó el recién llegado con toda desenvoltura—. Tengo que darle las gracias por el estupendo abogado que me envió.

El sujeto se metió sin más en el despacho cuyo acceso había sido vedado a Talmadge. Este sonrió, mientras la secretaria se ponía colorada como un tomate.

—Vaya, por lo visto, hay gente con influencias —comentó Talmadge jovialmente.

—Lo siento, señor; yo soy solamente una empleada y cumplo órdenes —contestó ella, muy avergonzada.

—No se preocupe. A decir verdad, casi me esperaba esa negativa. ¡Adiós!

Talmadge salió a la calle y se dispuso a regresar a su oficina, en donde tenía asuntos urgentes que resolver. Por fortuna, era un trabajo bastante independiente y podía salir sin necesidad apenas de dar cuenta a nadie de sus andanzas.

A las cinco de la tarde, dio por terminada la tarea y abandonó el edificio de la Jefatura. Entonces vio una mano que se agitaba a través de la ventanilla de un coche.

Lleno de curiosidad, se acercó y vio un rostro conocido.

—¿Qué hace aquí, Brenda? —exclamó.

—¿Por qué no me invita a tomar algo en un bar? —sugirió ella.

Talmadge la miró con desconfianza.

—No sé...

—¿Me tiene miedo?

—No, pero... Está bien.

El joven abrió la portezuela del coche y se sentó al lado de Brenda. Ella arrancó de inmediato.

—Conozco un parador, a diez millas de la ciudad, en donde podemos charlar, sentados a una mesa y contemplando un panorama maravilloso —dijo Brenda.

—Entonces, vamos allá —respondió el joven.

Veinte minutos después, se detenían ante el parador. Al cruzar el vestíbulo, Talmadge se detuvo para comprar el diario de la tarde en una máquina, aunque lo mantuvo plegado por el momento. Luego pasaron a la terraza posterior, una plataforma salediza, sostenida por gruesos pilotes, sobre una ladera de pendiente muy pronunciada. Desde allí, efectivamente, se divisaba un hermoso panorama.

Brenda encargó un té con pasta. Talmadge pidió un café solamente.

—Es la primera vez que vengo aquí —confesó él.

—Yo solía venir muchas veces con mi prometido —dijo Brenda—. Nos

gustaba ver la puesta de sol desde esta terraza. Hacíamos planes para el porvenir... Vernon quería triunfar en el arte, para ofrecirme algo más que su apellido. Pero Forito lo asesinó...

—¿Por qué no se casaron? —preguntó Talmadge.

—Vernon era muy orgulloso. Yo... nosotros, los Mallinson... Bueno, no sé cómo decirlo...

—Usted es rica y él era pobre.

—Bien, no se puede decir que seamos una potencia económica en el país, pero, vamos, estamos... bien situados.

—Comprendo. Hay hombres como Vernon, que no quieren casarse con una mujer de fortuna superior a la suya, sin antes haber conseguido algo que les permita superar ese complejo de inferioridad. Dinero... o fama, que también suele ir acompañado de dinero.

—Sí, debo admitir que Vernon pensaba así —respondió Brenda—, Decía que ya tenía cuadros suficientes para una exposición y que esperaba fuese un éxito. Entonces, iría a Atlanta a pedir mi mano a mis padres...

—De modo que iba a exponer.

—En efecto, así era. Es más, incluso me dijo que tenía ya ofertas por valor de un cuarto de millón. Con ese dinero, habríamos podido casarnos y él hubiera seguido pintando...

—Brenda —preguntó él de sopetón—, ¿vio usted alguna vez esos cuadros?

La joven de quedó parada.

—No —respondió.

—¿Por qué?

—Bueno, él era un poco... celoso... No quería que contemplase sus cuadros hasta que los tuviera colgados en la galería de arte... Es más, cuando me pintó desnuda, yo no vi el cuadro hasta que lo hubo terminado... Ronnie, no sea suspicaz, Vernon pintaba maravillosamente, se lo aseguro.

Talmadge sonrió.

—Usted le amaba —dijo.

—Sí, desde luego. Aún no he conseguido reponerme...

—Brenda, lamento tener que destruir la imagen de su prometido. Sé que va a pasar un mal rato, pero creo mi obligación decirle la verdad. El cuerpo de la joven se puso rígido en el acto.

—Hable —pidió.

—En primer lugar, su prometido se llamaba Jack Smith. No dudo de sus facultades artísticas, pero, por los informes que tenemos, las aplicaba más a falsificar billetes de Banco que a convertirse en un pintor de fama mundial.

Brenda le miró fijamente durante unos segundos. Luego, de súbito, se puso en pie y echó a correr.

Talmadge la siguió, pero muy pronto la vio meterse en el lavabo de señoras. Sonriendo melancólicamente, volvió a su mesa.

Desplegó el periódico. Lo primero que vio el retrato de un sujeto, al que había conocido aquella misma mañana.

El pie de la fotografía tenía un texto sumamente sustancioso. Mitch Bewell, acusado del asesinato de Hope Danson, había sido puesto en libertad, al haber probado concluyentemente su coartada.

CAPÍTULO V

Brenda llegó poco después, con evidentes señales de haber derramado abundantes lágrimas. Talmadge le acercó una copa de coñac, que había pedido durante su ausencia, porque sabía que ella lo iba a necesitar.

—Siento haber derribado un ídolo de oro —dijo—. Pero tenía los pies de barro.

Brenda asintió. Sorbió un poco de coñac y luego se esforzó por sonreír.

—Lo lamento. Supe que me había dicho la verdad y no pude contenerme.

—No se preocupe. Ha reaccionado usted de una forma perfectamente lógica. Había idealizado a su prometido y la imagen que se había forjado de él ha resultado ser absolutamente falsa. Es como si hubiera despertado de un bello sueño, para enfrentarse con la amarga realidad de la existencia.

—Sí, eso es —admitió Brenda—. Pero nunca me habría imaginado...

—Usted dijo que Forito lo asesinó. Forito no era tipo que se metiese normalmente con personas decentes, esto es, ajenas al mundo del hampa. Su prometido tenía algo que ver con los amigos de Forito.

—Por el dinero falsificado.

—Parece lógico deducirlo así, Brenda.

—Entonces... no había tal exposición de cuadros.

—Si era falsificador, es muy posible que el cuarto de millón que le había anunciado procediese, en su día, de su parte del botín que obtendrían al hacer pasar el dinero falso.

—Pero él tendría que haber expuesto los cuadros, para que yo no me diese cuenta de que me engañaba —alegó la joven.

—Tal vez, pero ¿quién nos dice que no pensaba montar una exposición falsa? O quizá, en efecto, pintaba en sus ratos libres, pero confiaba más en sus grabados de billetes de Banco que en las telas que pensaba exponer.

—Habría un modo de saberlo... —dijo Brenda, dubitativa.

—¿Por ejemplo?

—Ir a su estudio.

—¿Al cabo de un año? —se asombró Talmadge—. Ya habrá sido alquilado a otra persona...

—No. Vernon dijo que le pertenecía. Lo tenía... —Brenda miró al joven con ojos chispeantes—. ¿Por qué no vamos a verlo ahora mismo, Ronnie?

—No hay inconveniente —aceptó él.

Sacó unos billetes y los puso sobre la mesa. Sonriendo, Brenda retiró el dinero y se lo entregó de nuevo.

—Le invité yo, recuérdelo.

—Los orgullosos Mallison —sonrió el joven.

Cuando salieron del parador, era casi de noche. Brenda le rogó que condujera él.

—Me siento un poco nerviosa... Compréndalo, aún no he digerido la noticia...

—Es lógico.

Talmadge le dio el periódico. Brenda lanzó una ojeada a la primera página.

—¿Quién es este Bewell? —preguntó.

—Un pistolero, de la misma calaña que Forito. Había media docena de testigos que lo identificaron, pero consiguió probar una coartada.

—Falsa, supongo.

—Sí, pero ¿quién prueba lo contrario? El caso es que está en la calle, Brenda.

—Y nadie puede hacer nada contra ese asesino.

—En estos casos, la ley es impotente —contestó él con cierto desprecio en la voz.

* * *

Mitch Bewell llegó a su casa y abrió la puerta, mientras silbaba tenuemente. Sentíase muy satisfecho de la vida. El «contrato» para matar a Danson había resultado altamente fructífero.

Varias personas le habían identificado, pero su abogado había conseguido ponerle en libertad, mediante una coartada muy bien dispuesta. Ahora, se dijo, estaría una temporada inactivo.

Había que dejar «enfriar» el ambiente. La policía le tendría vigilado y seguiría todos sus pasos. Pero eso no le importaba en absoluto.

El «contrato» de Danson le reportaría fama. Vendrían otros contratos, ganaría más dinero...

Para cerrar la puerta, tuvo que volverse. Entonces vio al intruso que le apuntaba con una pistola provista de silenciador.

—¿Qué diablos...?

El otro dijo:

—Mitch Bewell, la coartada que presentó tu abogado es tan falsa como el alma de Judas. Debido a ciertos absurdos mecanismos legales, has podido eludir la condena que te mereces por el asesinato de Danson. Pero no eludirás mi castigo.

Sonó un «plop». Bewell no tuvo tiempo de lanzar un solo grito.

La bala le entró por debajo del pómulo izquierdo y salió por lo alto de la coronilla, en la que abrió un enorme boquete. Los pies de Bewell se elevaron un palmo del suelo. Al tocarlo de nuevo, sus rodillas empezaron ya a doblarse.

El asesino se marchó sin hacer el menor ruido. Nadie se dio cuenta de su presencia.

Aquella misma noche, Drew Hawlock, abogado, oyó que llamaban a la puerta de su casa. Estaba examinando unos documentos y alzó la cabeza, muy intrigado, porque no esperaba ninguna visita a aquellas horas.

La llamada se repitió. Maldiciendo al importuno, Hawlock se levantó, salió del despacho, cruzó el salón y abrió la puerta.

Al otro lado no había nadie. Hawlock emitió un violento improperio contra el bromista que había venido a interrumpirle en lo mejor de su tarea.

Cuando iba a retirarse, oyó una voz a su izquierda:

—No se mueva, Hawlock. Le estoy apuntando con una pistola.

El abogado se estremeció.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Eso no importa ahora. Sólo quiero decirle una cosa: es usted la vergüenza de su profesión. Ha sacado a un asesino de la cárcel, empleando una coartada falsa, con absoluto desprecio por las leyes que ha invocado para proteger a su cliente. Hawlock, contra esta ley no tiene usted protección alguna.

—Espere un momento, le diré...

—Ya es tarde.

Hawlock sintió un terrible golpe en la sien izquierda. En una infinitesimal fracción de segundo, supo que le habían pegado un tiro y que no tenía salvación posible. Pero las tinieblas que le rodeaban se hicieron absolutamente a su alrededor y, cuando cayó al suelo, ya no sentía nada.

* * *

—De modo que aquí tenía Vernon su estudio —dijo Talmadge.

—Sí. Yo estuve un par de veces, aunque él no me permitió pasar de la sala. El estudio se hallaba en una habitación posterior, muy grande, ya que habían derribado un tabique de separación.

—Y usted no osó nunca contravenir sus órdenes.

—No. Los artistas, ya sabe... Tienen sus rarezas...

—Desde luego.

—Ronnie, no tengo la llave. No sé cómo vamos a entrar aquí...

—No se preocupe.

La casa estaba en las afueras de la ciudad, en un lugar que a Talmadge le pareció enteramente apropiado para un sujeto que se dedicaba a falsificar billetes de Banco. Era un edificio de una sola planta, más bien modesto, y el joven pensó que alguien lo habría adquirido para el falsificador. Posiblemente, Vernon tenía la propiedad nominal, pero la casa debía de pertenecer realmente a otra persona.

Se preguntó quién podría ser el verdadero dueño de la propiedad. Pero ahora, lo más interesante era entrar en la casa y lo solucionó

rápídamamente, con un codazo al cristal de una de las ventanas situada junto a la puerta.

Levantó el bastidor y pasó al interior. Desde allí, se volvió sonriendo hacia la joven.

—Lleva faldas. Le estorbarán...

Brenda se remangó las faldas.

—Eso no tiene importancia —contestó.

Talmadge la ayudó a entrar.

—Gracias —dijo.

—¿Cómo? Tendría que dárselas yo...

—Pero usted no ha visto mis piernas y yo sí he visto las suyas. Son preciosas.

—Ronnie, tiene usted un maravilloso sentido del humor. ¿Siempre es así?

—Menos cuando me duele el estómago —contestó él alegremente—, ¿Por dónde empezamos?

—Busque el interruptor de la luz, Ronnie.

Con la ayuda de su encendedor, Talmadge lo encontró muy pronto. Miró a su alrededor y vio que había un orden perfecto en la casa.

—Siguen pagando la luz, lo cual significa que viene aquí en ocasiones. Además, no se ve una mota de polvo...

—Quizá Vernon me mintió, al decirme que la casa le pertenecía.

—Es lo más probable. Bueno, vamos a ver dónde tenía su estudio.

Talmadge cruzó la sala y abrió una puerta situada al fondo. Al otro lado había una habitación muy espaciosa, completamente desprovista de muebles. Había ciertas señales en la pared, lo cual le dijo que alguien se había vaciado la casa de mobiliario.

—Si Vernon tuvo aquí su estudio, no ha dejado el menor rastro —observó.

—Se llevarían sus cuadros...

—Pero ¿pintó alguno durante el tiempo en que estuvieron juntos?

—¿Por qué lo duda, Ronnie?

Talmadge se acercó a la pared.

—Fue pintada hace varios años. Hay señales de que hubo muebles adosados a la pared, se ven fácilmente. Pero no está empapelada, sino, simplemente, estucada en yeso. Brenda, esta pared es una tentación para un pintor. Bocetos, pruebas de colores... y no se ve una sola mancha.

Ella asintió, muy preocupada.

—Los muebles que había, además, no se corresponden con los que debería haber en el estudio de un pintor —dijo.

Talmadge asintió, mientras daba un par de vueltas por la estancia. De pronto, le pareció oír un ruido extraño bajo sus pies.

—Me engañó... —se lamentó Brenda.

Talmadge dio un taconazo al suelo.

—Suena a hueco —dijo.

Ella le miró con interés.

—¿Un sótano?

—Posiblemente, Brenda.

—Pero... no hay señales de una trampilla de acceso...

Talmadge miró en todas direcciones. De pronto, creyó ver algo interesante.

Acercándose a la base de una de las paredes, se inclinó y hurgó con una navajita. Parte del suelo se despegó.

—Un pavimento artificial, que imita «parquet» —dijo.

El suelo de plástico se enrollaba fácilmente. Talmadge dejó así, al descubierto, una faja ancha de un par de metros.

En el centro de la habitación se divisaba una trampilla de gruesas tablas de madera. Talmadge vio un asa, incrustada en la trampilla, y tiró de ella hacia arriba.

La escotilla se levantó mediante unos goznes bien engrasados. Había una escalera casi vertical y sin perder tiempo, se metió por el hueco.

El encendedor le sirvió para encontrar un interruptor de la luz. Brenda bajó entonces.

El suelo del sótano era de cemento y en él se apreciaban unas manchas oscuras, cuyo origen supo identificar Talmadge muy pronto.

—Grasa y tinta —murmuró.

—Pero no hay el menor rastro de maquinaria...

—Se lo llevaron todo, después de la muerte de Vernon. La casa, sin embargo, sigue perteneciendo a alguien y paga puntualmente los recibos de la luz y del agua y, posiblemente también, los impuestos municipales.

—Ronnie, necesito un cigarrillo —dijo Brenda de pronto.

—Nerviosa, ¿eh?

—Un poco...

Talmadge sacó tabaco. Al encender el cigarrillo de la joven, vio que la llama oscilaba con cierta violencia.

—Hay corriente de aire —exclamó.

En el mismo instante, se oyó un fuerte golpe.

La casa trepidó ligeramente, a causa del violento cierre de la trampilla.

CAPÍTULO VI

Brenda lanzó un grito de susto. Al cerrarse la escotilla, algo se desprendió y cayó al suelo, produciendo un ruido metálico, un tanto opaco.

Talmadge no se fijó de momento. Subió la escalera en cuatro saltos e intentó abrir de nuevo la trampilla.

—No puedo —dijo—. El mecanismo de cierre se ha atascado...

—¿Seguro, Ronnie?

—O quizá no se ha cerrado accidentalmente —apuntó él con acento lleno de suspicacia.

Descendió de nuevo. En el suelo había un paquete de forma alargada, envuelto en papel encerado. Al lado divisó un rectángulo de madera, apenas mayor que aquel paquete.

Con el ceño fruncido, Talmadge se inclinó, recogió el paquete y quitó el papel. Una exclamación de sorpresa brotó en el acto de sus labios:

—¡Son dos planchas para imprimir billetes!

Brenda se acercó y contempló los rectángulos de metal. Talmadge volvió a inclinarse y recogió el otro rectángulo de madera. Levantó la vista y vio un hueco en el lado interior de la trampilla.

—Creo que ya sé lo que sucedió —dijo.

—¿Puede explicarlo, Ronnie? —solicitó Brenda.

—Tal vez me equivoque, aunque pienso que puede ser una teoría aceptable. Vernon grabó las planchas, pero luego debió de pedir más dinero del convenido. Sin duda, le amenazarían, pero él diría que tenía las planchas escondidas y que no las entregarla, mientras no le diesen la suma exigida.

—Un cuarto de millón —dijo ella.

—Sí, seguramente. Bien, el caso es que alguien debió de pensar que si liquidaba a Vernon, se ahorrarla los doscientos cincuenta mil dólares y ya encontraría las planchas. Consiguió lo primero y se ahorró el cuarto de millón, pero Vernon era un hombre astuto y había escondido las planchas en el lugar menos pensado.

—Ahora, sin embargo, la tapa del escondite ha caído...

—Porque la trampilla se ha cerrado con demasiada fuerza y, además, la madera que cubría el hueco estaba muy seca, lo que influye en la disminución de sus contornos.

Brenda contempló el hueco que había sobre sus cabezas.

—Un buen escondite —admitió—. Ronnie, ¿cómo vamos a salir de aquí? —preguntó.

Talmadge no tuvo tiempo de contestar.

Sonaron pasos sobre su cabeza. Luego oyeron ruido de un líquido que se derramaba en el suelo de la habitación que tenían encima.

Algunas gotas de aquel líquido cayeron al sótano, atravesando las

ranuras de la trampilla. Talmadge percibió un olor harto conocido y sintió que se le ponían los pelos de punta.

—¡Gasolina! —exclamó.

Y, en el mismo instante, se oyó arriba un sordo rebufo.

* * *

Cayeron algunas gotas más, pero ya ardían. Brenda lanzó un chillido de angustia.

—¡Van a quemarnos vivos!

La parte interior de la madera empezó a tomar un tono tostado. Talmadge se dijo que aquella vía de escape estaba completamente cerrada.

—El pavimento superior es de madera. Dentro de diez minutos, será un infierno —dijo.

Miró a su alrededor. De pronto, recordó la violenta corriente de aire que casi había estado a punto de apagar la llama de su encendedor.

Procuró recordar la dirección de la llama. Fue luego hacia una de las paredes del sótano y apreció una ranura de casi dos dedos de anchura.

Allí había una puerta. Tiró con las dos manos y la abrió, no sin protestas de unos goznes que no habían sido engrasados en mucho tiempo.

—Por aquí, Brenda.

Ella corrió inmediatamente hacia aquel angosto túnel, de sección rectangular y que escasamente tenía un metro y setenta centímetros de altura. Talmadge tuvo que agacharse.

—Sígame, este túnel tiene que dar a alguna parte. Seguramente, lo construyeron, como una posible vía de escape en caso de apuro.

Había un olor a humedad. La salida no se divisaba desde allí. Talmadge encendió intermitentemente su mechero. El túnel, sin embargo, tenía un trazado rectilíneo y era fácil caminar, tanteando con las manos.

Cinco minutos después, sintieron en el rostro un soplo de aire fresco que olla a hierba y flores silvestres. Veinte pasos más adelante, Talmadge apartó unos ramajes y salió al exterior.

Alargó la mano. Brenda salió también.

La boca del pasadizo estaba en la ladera de una pequeña loma. Por encima de la cresta se divisaba un rojizo resplandor.

—Nos hemos salvado de buena —dijo ella.

—Si no se te hubiera ocurrido pedirme un cigarrillo... —sonrió Talmadge.

—Fue una suerte, en efecto. Pero, dime, Ronnie, ¿quién ha querido achicharrarnos vivos?

El rostro del joven se ensombreció.

—Hay alguien que se siente muy preocupado por mi curiosidad —

contestó.

—Pero eres policía...

—Pertenezco a un departamento que no tiene que ver nada con los asesinatos —respondió él.

—Entonces, les molesta que investigues.

—Está bien claro. Por fortuna, he encontrado algo que ellos han estado buscando más de un año, sin conseguirlo.

—Tendrás que dar explicaciones a tus jefes.

—Tengo un buen amigo, que es agente del Tesoro. Eso le corresponde a él. Le daré las planchas y le diré que omita mi nombre en su informe.

Brenda lanzó una mirada hacia el resplandor que se desprendía de la casa en llamas.

—Ahora vendrán los bomberos. Si ven mi coche...

—Hace una noche estupenda —sonrió Talmadge—, ¿Tiene algo de particular que una pareja haya querido disfrutar del buen tiempo?

—Pero no es cierto... —Brenda se interrumpió bruscamente y se echó a reír—. Sí, es una buena excusa —admitió.

* * *

Con enorme asombro, Talmadge leyó al día siguiente la noticia de un doble crimen. Un asesino y su defensor habían sido muertos de sendos disparos.

El periodista se preguntaba si había surgido un vengador justiciero, un anónimo sancionador de delitos que escapaban a la persecución de la ley. También mencionaba ciertos comentarios que había escuchado, acerca del pánico que empezaba a propagarse en determinados ambientes del hampa de la ciudad.

A Talmadge no le gustó lo que sucedía. Comprendía que, en muchas ocasiones, la gente se sintiera irritada cuando veía que un delincuente escapaba a la acción de la ley, precisamente por aprovechamiento de ciertas normas que le beneficiaban, legal pero injustamente. Pero si aquel justiciero vengador persistía en sus propósitos, acabaría por creerse superior a todos, inmune a las leyes, árbitro del bien y del mal y entonces acabaría matando a cualquier persona que no actuase del modo que a él pudiera satisfacerle.

De todas formas se dijo, era un asunto para los de Homicidios. Por otra parte, en los últimos días le había sobrevenido cierto exceso de trabajo y se dijo que resultaría conveniente abandonar por un tiempo sus investigaciones.

Brenda le llamó aquella misma mañana.

—Ronnie, me vuelvo a Atlanta —anunció.

—Definitivamente —supuso él.

—No. Debo regresar... con una noticia muy poco agradable.

Talmadge entendió bien pronto a qué se refería la joven.

—Lo siento —dijo—. Pero ten en cuenta una cosa: tu hermana es joven. Podrá reponerse. Cuesta tiempo, por supuesto, pero quizá el día de mañana piense que es mejor que su hijo no lleve el apellido Van Cort.

—Es un nombre distinguido...

—Es el apellido de un hombre mezclado en asuntos poco honestos.

—¿Cómo lo sabes, Ronnie?

—Te lo diré algún día... Si vuelves, claro.

—Pensaba regresar la semana próxima.

—Entonces, llámame por teléfono.

—De acuerdo, Ronnie.

—Buen viaje, Brenda.

Talmadge colgó el teléfono y se quedó pensativo unos minutos. Una hermosa muchacha, se dijo. Sin embargo, tenía ciertos prejuicios que disminuían en parte su encanto personal.

—Quizá cambie con el tiempo —murmuró.

Aunque no sería él quien consiguiera ese cambio, se dijo.

Continuó su trabajo. Cerca del mediodía recibió otra llamada.

—Ronnie, he recibido tu paquete —dijo el comunicante.

—Lo celebro, Gene —sonrió Talmadge.

Era Gene Sweil, el agente del Tesoro amigo suyo, en cuya oficina había dejado las planchas grabadas por un falsificador asesinado.

—Pero sólo había dos... «placas» —dijo Sweil.

—Lo siento, Gene; es todo lo que encontré. ¿Acaso debía haber más?

—Otras dos. El importe debía de ser el doble.

—Entiendo, pero no encontré más.

—De todos modos, gracias, Ronnie.

Talmadge se quedó muy preocupado. La conversación había sido hecha con frases de doble sentido. Sweil había querido decirle que Vernon había grabado dos planchas más, para billetes de diez dólares, ya que las halladas en la casa luego incendiada eran para billetes de cinco dólares.

Se preguntó dónde podrían estar aquellas planchas. Pero no era tarea suya averiguarlo. Las había encontrado por casualidad y buscar las dos que faltaban era competencia de Sweil y sus subordinados.

A la noche, un tanto aburrido, fue a cenar a un restaurante. Con gran sorpresa suya, encontró a cierta persona conocida, a la que hacía días no vela.

—Celebro saludarle, Señorita —dijo, a la vez que estrechaba la mano del juez Heldman.

—Digo lo mismo, Ronnie. ¿Me permites que te invite a cenar?

—Será un honor, Señorita...

—Estoy fuera de estrados. Ahora soy Lars —le recordó el juez.

—Sí, señor. Pensé que habría ido a pescar...

—Saldré mañana temprano —respondió Heldman—, He tenido un trabajo extra en mi despacho, estudiando un caso que debo juzgar el lunes, y eso me ha impedido marcharme a mediodía, como habría sido mi deseo.

Heldman encargó la cena para los dos. Durante unos minutos, ninguno de los dos hombres pronunció una sola palabra, atentos únicamente a los platos que les servían. A punto de terminar, Heldman llenó las dos copas, miró al joven y sonrió:

—¿Cómo van tus asuntos, Ronnie? ¿Has meditado ya sobre lo que te propuse en la última ocasión que nos vimos?

—Esperaré a que empiece el curso, para asistir a las clases —respondió Talmadge—. Una vez que tenga el título...

—Entra en la oficina del fiscal. Tienes mejor porvenir que en la Policía.

—Seguramente —convino el joven.

Heldman meneó la cabeza.

—A veces, me siento solo... Hablar contigo es como una especie de desahogo... No sabes lo triste que es volver a casa y saber que nadie sale a esperarte... Sí, tengo un ama de llaves y es estupenda, pero... a fin de cuentas, es una asalariada...

Talmadge asintió. Demasiado conocía los motivos de la tristeza del juez.

Prefirió callar. No serviría de nada decirle que lo lamentaba. La señora Heldman había sido enterrada cuatro años antes y su esposo no la había olvidado todavía.

—Ronnie, te supongo enterado de las andanzas de ese justiciero vengador —dijo el juez repentinamente.

—Así es, Lars. Leo los periódicos y, aunque tengo poco contacto con los de Homicidios, sé que andan locos para encontrar a ese hombre que se toma atribuciones que no le competen.

—Entonces, piensas que no obra bien.

—Si se toma la justicia por su mano, no actúa dentro de la ley, señor. Heldman asintió.

—Lo mismo pienso yo, pero lo malo es que muchas personas opinan lo contrario y eso, a la larga, puede resultar peligroso.

—Cierto —admitió el joven.

—Bewell era un sujeto despreciable. En cuanto a Hawlock, era la deshonra de su profesión. Pero ambos merecían un juicio justo e imparcial, no la muerte sin defensa posible, ejecutada por alguien que se cree absurdamente en posesión de la verdad absoluta. ¿No opinas lo mismo que yo, Ronnie?

—Exactamente igual, Lars —respondió Talmadge.

—Celebro tu forma de pensar. Sigue así y no desmayes jamás. Aunque

la ley tiene muchos resquicios, no hay nada mejor, sin embargo, para preservar el orden y la justicia.

Heldman consultó su reloj.

—Es tarde. Quiero acostarme pronto porque mañana he de madrugar —concluyó.

—Buena pesca, Lars —le deseo Talmadge.

El joven regresó a su casa. Cuando llegó, le esperaba una sorpresa.

CAPÍTULO VII

—Pensé que no ibas a llegar jamás —dijo la joven.

Talmadge arqueó las cejas al reconocer a la sirvienta de Diana Farr.

—Lo siento...

—Te dije que tenía libre el viernes por la tarde y todo el sábado —añadió ella.

Talmadge abrió la puerta del apartamento.

—Discúlpame, he tenido mucho trabajo.

—Claro, se comprende...

Audrey sonrió.

—De todas formas, pensaba que me llamarías —añadió.

—Imposible. Tenía miedo de tu novio.

—¡No tengo novio! —exclamó ella.

—Vaya, eso me libra de preocupaciones. Figúrate, habría sido terrible ver irrumpir aquí a un fulano, chillando como loco porque su novia le traicionaba...

—Eres un tío simpático —rió ella.

—Gracias. ¿Qué quieres beber?

—Lo que haya, no tengo preferencias.

—Siéntate, en seguida prepararé algo.

Talmadge se quitó la chaqueta. Audrey se sentó en el diván, con la falda, muy corta y ajustada, subida casi hasta las caderas. Se veían el portaligas, negro, como las medias, pero no parecía darle importancia. La blusa que llevaba puesta no tenía mangas y era muy escotada. Talmadge se preguntó si Audrey había venido a sonsacarle, por encargo de su ama, o sólo quería pasar un rato en su compañía.

Momentos después, le entregó un vaso en cuyo líquido flotaban un par de cubitos de hielo. Luego se sentó frente a ella.

—¿Y bien, Audrey? ¿Qué me cuentas de nuevo?

—Depende —respondió ella.

—¿De qué?

Audrey frotó el índice y el pulgar. Talmadge movió la cabeza en sentido negativo.

—Lo siento. Soy un funcionario que vive de su sueldo —manifestó.

—Lástima —suspiró ella—. Pensaba sacarte un par de cientos.

—Calculaste mal, Audrey. Otra vez será... con otro que pueda pagarte, claro. Yo no puedo permitirme ciertos dispendios.

Ella frunció el ceño.

—Ronnie, ¿por qué diablos dices eso? —preguntó.

—Bueno, si tienes alguna información y quieres dármele por propia voluntad... Pero no puedo pagarte los informes, compréndelo.

Audrey se echó a reír.

—Por favor... Yo mencionaba el dinero por... otra clase de servicios.

Talmadge arqueó las cejas.

—¿Lo haces a menudo? —preguntó.

—No, ni mucho menos, pero nunca vienen mal un par de cientos.

—Tal vez aprovechas el día libre para conseguir un sobresueldo.

—Sólo si él me gusta.

—Si te gusta, ¿por qué pedirle dinero?

—¿Es que los negocios y el placer no pueden ir juntos?

—Son puntos de vista, Audrey. Pero yo pensé que tendrías libre el domingo, en lugar de el viernes y parte del sábado.

—El domingo no puedo. Tengo que estar atenta para servir a los invitados de mi ama.

—Ah, da fiestas...

—Juegan.

—¿Póquer?

Audrey asintió.

—Juegan fuerte, Ronnie. He visto, a veces, cuarenta y cincuenta mil dólares sobre la mesa. Ella gana casi siempre. Es una tacaña; el otro día, se embolsó lo menos veinticinco mil dólares. Tuve un trabajo enorme... ¡y sólo me dio diez dólares de propina!

Talmadge pensó que tenía ante sí una mujer despechada. Podía resultar interesante.

—¿Conoces a algunos de los puntos de la partida?

—Van Cort, Sheadley...

Audrey citó varios nombres más, los cuales resultaban desconocidos para el joven. Pero la atención de Talmadge estaba centrada en dos personas cuya afición al juego en gran escala le resultaba insospechadamente atrayente.

—Audrey, en esas partidas de juego, ¿no hay luego algo más? —preguntó.

—No, pero Van Cort se queda siempre después con ella. Pasan la noche juntos.

—Entiendo.

—Hace días estaban muy enfadados. Les oí discutir por no sé qué casa incendiada... Ella se puso por las nubes y le llamó de todo, diciéndole que era un tonto y que se había dejado escapar la mejor oportunidad de hacerse con una fortuna... Diana habló no sé qué de unas estampas...

Talmadge se puso rígido al escuchar las palabras de Audrey.

—Has dicho una casa incendiada...

—Sí, aunque no sé dónde está. Ella le reprochó luego que no se hubiese acordado de un túnel... ¿Tú lo entiendes, Ronnie?

—Quizá —sonrió el joven—. Mencionaron también unas estampas, ¿verdad?

—Desde luego. Debían de referirse a billetes de Banco.

—Sí, eso querían decir, sin duda.

«Están buscando como locos las otras dos planchas», pensó el joven.

—Audrey —dijo—, ahora tendrás que volverte a casita.

—Oh, no, tengo toda la noche libre y hasta mañana a las siete de la tarde —contestó ella.

—Bueno, mi apartamento tiene una notable desventaja, y es que no hay más que una cama...

Audrey se puso en pie y empezó a soltarse los botones de la blusa.

—Si es estrecha, podemos dormir de costado —dijo riendo—. Aunque... ¿dormiremos?

—Mañana te lo diré —contestó él.

* * *

El hombre salió del bar y se dirigió a la pequeña explanada donde tenía su automóvil estacionado. Entró en el coche y, en el acto, notó en la nuca el frío contacto de un objeto cilíndrico.

—No te muevas, Kid Logan —dijo Talmadge, ahuecando la voz para evitar ser reconocido—. Pon las manos sobre el volante y permanece quieto, si quieres conservar los sesos en su sitio.

El sujeto se atiesó un segundo. Luego hizo lo que le decían.

—¿Qué... qué es lo que quiere? —preguntó.

—Hace algunas semanas, tú formabas parte de una pequeña pandilla que asaltó un camión que iba a recoger la basura del penal.

—Yo no sé nada...

—No trates de engañarme, Kid. Sé muy bien que estuviste allí. Tu oportunidad de vivir es contestar a mis preguntas. Si piensas que no soy capaz de apretar el gatillo, estás muy equivocado. Por ejemplo, te doy tres segundos para que me digas quién organizó la fuga. ¡Uno...! ¡Dos...!

—El jefe —contestó Logan presurosamente. Van Cort...

—¿Qué diablos tenía él que ver con Johnny Forito?

—No lo sé. Lo único que puedo decirle es que nos encargaron parar el camión de la basura...

—Y poner otro chófer en lugar del habitual.

—Sí, en efecto.

—¿Fue idea de Van Cort?

—Supongo...

—¿Por qué diablos tenía él tanto interés en soltar a Forito?

—Parece ser que se lo ordenaron... Creo que Forito había amenazado con hablar si no le ayudaban a escapar...

—Hablar, ¿de qué?

—Lo ignoro. El señor Van Cort no me cuenta sus cosas.

—¿Sabes si se lo ordenó un tal Sheadley?

—No puedo responderle, se lo juro...

Talmadge pensó que el sujeto, el mismo que había llevado a Brenda a la residencia de Van Cort, era sincero. En un asunto como aquél, cuantos menos conocieran toda la verdad, resultaría menos peligroso para los que pretendían usar las planchas grabadas por el falsificador. —¿Sabes algo acerca de dos planchas de imprimir billetes de Banco? —Tengo una vaga idea... He oído rumores, pero creo que nadie sabe dónde están...

Talmadge se inclinó hacia adelante y, con la mano izquierda, se apoderó de un revólver que Logan llevaba en una funda sobaquera. Guardó el capuchón de la pluma que había usado hasta entonces, simulando que era un arma de verdad, cambió el revólver a la mano derecha y abrió la portezuela con la izquierda.

—Kid, no vuelvas la cabeza durante cinco minutos ni te muevas para nada Aunque tú no lo ves, tengo un amigo que te vigila. Si desobedece mi orden, tirará a matar.

Era mentira, pero Logan no podía saberlo, se dijo Talmadge, mientras se deslizaba cautelosamente en busca de las sombras.

Un poco más lejos, limpió el revólver de Logan de sus huellas dactilares y lo tiró a una alcantarilla. Silbando alegremente, emprendió el regreso a su casa.

A menos, sabía una cosa relativamente tranquilizadora: las planchas que faltaban no habían sido encontradas todavía.

Un par de minutos más tarde, alguien entró en el coche.

—¿Quién es? —preguntó Logan, que no se atrevía a cambiar de postura.

—Un amigo del que se ha ido —contestó el desconocido.

—Dijo que usted estaría vigilando...

—Lo sé. Pero olvidó decir otra cosa: los tipos como tú están mejor en el cementerio.

El disparo lanzó a Logan hacia adelante. La bala salió por la frente y atravesó el parabrisas.

Nadie oyó el disparo. La detonación había sido ahogada por el silenciador.

* * *

Talmadge leyó la noticia a la mañana siguiente y frunció el ceño.

—El justiciero vengador sigue haciendo de las suyas —masculló.

La información decía que cuatro años antes, Logan había intervenido en el atraco a un Banco, aunque no se le había podido probar su culpabilidad. Tenía una coartada y la policía se vio obligada a dejarlo en libertad.

En el atraco se había producido un intercambio de disparos entre los asaltantes y una patrulla de la policía que había acudido cuando los empleados del Banco hicieron sonar la alarma. Una mujer había

muerto por una bala perdida: Martha Heldman.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

Talmadge se levantó para abrir. Su sorpresa fue enorme al ver a Brenda.

—Has vuelto —exclamó.

Ella sonrió.

—Dije que estaría fuera de casa una semana —respondió.

—Sí, es verdad... Entra, por favor. Terminaba de desayunar... ¿Quieres un poco de café?

—No has madrugado hoy —dijo Brenda.

—Bueno, es sábado... Tengo un destino burocrático... Siéntate, anda.

Talmadge buscó una taza y la llenó. Luego se sentó frente a la muchacha.

—¿Cómo sigue tu hermana?

—Bien, se va haciendo a la idea de que no conseguirá nada.

—Quizá sea mejor así. Es probable que dentro de muy poco tiempo el apellido Van Cort pierda la honorabilidad que ahora tiene.

—¿Qué pasa, Ronnie?

—Intervino en la fuga de Johnny Forito.

—¿Él? ¿Por qué iba a hacerlo? —se asombró Brenda.

—Es un asunto muy enrevesado, aunque, en el fondo de todo, están las cuatro planchas para grabar billetes.

—¿Cuatro? Eran dos, Ronnie.

—No. Allí, en la casa incendiada, que creo pertenece a Van Cort, había dos planchas. Pero Vernon grabó dos más y éstas no han podido ser encontradas.

—Estás bien informado, a lo que parece.

Talmadge sonrió.

—Debo estarlo, aunque es un asunto que no pertenece a mi departamento. Brenda, ¿qué planes tienes para hoy?

—Ninguno. Si se te ocurre alguna idea...

—Hace un día estupendo. El océano está sólo a veinte millas, y yo conozco una playa muy poco concurrida. Podríamos llevar una cesta con comida y una nevera portátil...

—Tendré que ir a mi casa a buscar el traje de baño —alegó Brenda.

—Lo recogeremos al pasar —contestó él.

—Aunque luego, a lo mejor, resulta que no lo uso —agregó ella maliciosamente.

—Hay cosas que cada uno debe hacer según su propia voluntad —respondió él con aire sentencioso.

CAPÍTULO VIII

Brenda salió del agua y se enjugó el rostro y los cabellos con una toalla. Con aquel breve traje de baño, Talmadge podía apreciar la espléndida figura de la joven. El pelo quedaba suelto sobre los hombros, levemente dorados, y sus ojos poseían una mirada profunda, llena de fascinación.

Ella se arrodilló junto al joven, sentándose luego sobre sus talones.

—No te has bañado aún —dijo.

Talmadge le entregó una lata de cerveza abierta.

—Una cosa es que me guste estar en la playa un rato y otra es que me pase en el agua todo el tiempo —contestó—. A ti te gusta, por lo que parece.

—Hace calor, el mar está muy tranquilo y el ejercicio tonifica —dijo la joven.

—Indudablemente.

Brenda tomó unos sorbos de cerveza.

—Sin embargo, para tomar el sol, hay cosas que estorban —sonrió.

Lentamente, se quitó la pieza superior del vestido. La inferior estaba sujeta por sendos lazos a las caderas y los soltó con dos rápidos movimientos.

—Bien, he decidido quedarme sin el traje de baño —dijo.

Talmadge guardó silencio unos momentos. Ella le miraba fijamente.

—¿Cómo me encuentras, Ronnie?

—No se puede describir con palabras... pero no deberías haberlo hecho, Brenda.

—¿Por qué no?

—Deberías imaginártelo... eso sin contar con el honor de los Mallinson.

—Voy a ser cínica. Si no nos ve nadie, el honor de los Mallinson quedará intacto. Tú lo llamarías hipocresía, ¿verdad?

—Desde luego.

—Sí, es hipocresía. Ronnie, he estado pensando mucho en lo que me dijiste cuando te conté los problemas de mi hermana con Van Cort. Tenías toda la razón del mundo. Entonces, era una hipócrita, falsamente pudibunda...

—¿Y ahora?

Brenda agarró una toalla grande, se puso en pie de un salto y caminó hacia una profunda hendidura que había en la pared rocosa en la que terminaba la playa.

—Ven, Ronnie —llamó.

En el interior de la grieta había sombra y reinaba una frescura muy agradable. Talmadge llegó y vio a la joven acostada sobre la toalla. Después del violento resplandor del sol, allí había una intensa

penumbra y en ella se veía la blancura del cuerpo femenino, destacando nítidamente contra el fondo rojo de la toalla.

Talmadge se tendió a su lado.

—Soy un hombre y tú una mujer. ¿Lo quieres de veras?

Los ojos de Brenda le dieron la respuesta. Talmadge se inclinó sobre ella y la besó largamente. Brenda enroscó sus brazos en torno al cuello del joven.

Ella jadeó.

—Mañana... no sé, pero hoy...

La pasión les envolvió en un cegador estallido de fuego, en el que se consumieron durante largo rato. Mucho tiempo después, quedaron tendidos en aquel lugar, todavía abrazados, en silencio, con los ojos cerrados, como si cada uno de ellos saborease de nuevo los maravillosos momentos que acababan de vivir.

Más tarde, ella abrió los ojos y le besó dulcemente en los labios.

—Ronnie...

—¡Hum! —dijo él.

—¿Qué piensas ahora de mí?

—Tú lo querías, yo lo deseaba... un hombre, una mujer... Eso es lo que importa.

—¿Y mañana?

—Puede que quieras seguir... quizá lo consideres una aventura...

—¿Y tú?

—Podría pensar en algo definitivo, pero ya sabes quién soy y cuál es mi situación. El honor de los Mallinson quedará a salvo, porque nadie conocerá lo ocurrido... pero, ¿querrá el orgulloso clan Mallinson aceptar a un simple sargento de policía?

—La decisión es mía. Nadie objetará mis acciones.

—Permíteme un consejo: deja pasar un tiempo, para meditarlo, antes de tomar una decisión.

—Quizá está tomada ya... pero seguiré tu consejo. —Brenda se echó a reír súbitamente—. Ronnie, vamos a darnos un baño —propuso.

Se puso en pie de un salto y le tendió la mano. Así, juntos, corrieron hacia el mar, en el que se sumergieron inmediatamente. Durante un rato, nadaron y jugaron dentro del agua, completamente desnudos. Luego, fatigados, salieron para secarse.

—Empiezo a tener hambre —dijo Brenda.

—Una dama nunca menciona tal necesidad y menos de una forma vulgar —le reprochó él.

—Me comería una mula con herraduras y todo —rió ella.

—Bueno, creo que hay un par de latas de carne de mulo, con salsa de herradura...

Cuando llegaban a la base de las rocas, muy cerca de la grieta, vieron a dos hombres que salían al descubierto. Ambos empuñaban sendas

pistolas automáticas.

Brenda lanzó un grito y agarró una toalla, para ponérsela delante del cuerpo. Talmadge maldijo en silencio, porque no sólo le habían pillado desprevenido, sino que ni siquiera se le había ocurrido llevarse el arma reglamentaria.

* * *

Talmadge fue el primero en hablar:

—Será mejor que guarden las armas y se marchen —dijo—. Busquen en mi ropa; encontrarán una placa y documentación. Soy sargento de policía...

—Lo sabemos —dijo uno de los pistoleros.

—No queremos hacerles daño —agregó el otro.

—Ronnie, ¿quiénes son? —preguntó ella—. ¿Los conoces?

—No, pero me gustaría tener a mano el archivo fotográfico...

—Si quiere mi nombre, se lo diré, sargento —contestó uno de los sujetos—. Me llamo Clay Hefter y, créame, no estoy fichado.

—Quizá lo ficharon con otro nombre.

—No, no es verdad, aunque tampoco importa nada. Sargento, le aseguro que no queremos hacerles daño. Usted, sin embargo, se quedará aquí. Nos llevamos a la señorita.

—¿Para qué? —se extrañó Brenda.

—Usted era la novia de Jack Smith, ¿no es cierto?

—¿Ha dicho Jack Smith?

—Usaba otro nombre, mucho más elegante, pero tan falso como los billetes que imprimía.

—Ah, Vernon... Sí, fue mi prometido, pero lo mataron.

—Por lo visto, lo ha olvidado ya —rió el otro pistolero.

—¡Cállate, Huck! —ordenó Hefter—. Señorita Mallinson, vístase por favor.

—¿Y si no quisiera...?

—Nos la llevaríamos desnuda.

—Eso es un secuestro. Puede costarles una cadena perpetua —advirtió el joven.

—Ella viene con nosotros por propia voluntad —dijo Hefter—. Usted no podría demostrar que la hemos secuestrado y si ella dijese algo, un día, cuando menos lo esperase, se encontraría con medio litro de vitriolo en la cara.

—Bueno, pero, ¿qué es lo que quieren de mí? —exclamó la joven, impaciente.

Talmadge empezó a adivinar la verdad.

—Se trata de dos de las cuatro planchas que grabó Jack Smith —dijo. Hefter levantó las cejas.

—Está enterado de ello, ¿eh, sargento?

—Oigo rumores en la Jefatura... —contestó el joven, displicente.

—Sí, buscamos las dos planchas.

—Eso no se le debe decir nunca a un policía.

Hefter soltó una risita.

—No se preocupe, tenemos amigos. Vamos, señorita Mallinson, vístase...

—¡Un momento! —exclamó Talmadge—, Imagino que se la llevan para interrogarla. Ella no sabe nada de esas planchas.

—Quizá no, quizá sí —contestó Hefter con aire indiferente—. Tampoco pensamos causarle daño, pero de un interrogatorio tenaz y porfiado, se pueden obtener buenos resultados. La señorita Mallinson hará memoria de los últimos tiempos que pasó a su prometido y posiblemente recuerde algún detalle que acabe dándonos la clave.

—¿Va a dirigir usted el interrogatorio, Hefter?

—Eso no debe preocuparle, sargento. —Hefter movió la mano izquierda—. Anda, Flint, átalos.

—Está bien, Clay. Sargento, dese la vuelta...

Talmadge apretó los puños, pero Hefter levantó la pistola significativamente, sintió un violentísimo dolor en la nuca.

Vio miles de chispas de todos los colores y sintió que el mundo entero daba vueltas a su alrededor. Vagamente, oyó gritar a Brenda, pero el contacto de su rostro con la arena sobrevino cuando ya había perdido el conocimiento.

Brenda apostrofó duramente a los pistoleros. Flint Bolge, sin hacerle el menor caso, se arrodilló junto al joven, y le ató las muñecas y los tobillos con dos trozos de cuerda que había sacado de un bolsillo.

—Vamos, señorita, no perdamos tiempo —dijo Hefter duramente—, Vístase...

—Al menos, apártense un poco —pidió Brenda.

—Entre en la grieta. Y no se preocupe por su amigo; dormirá un rato, y despertará con un dolor muy fuerte de cabeza, pero eso no es cosa que dure eternamente. Además, los nudos no están muy prietos y podrá soltarse pronto. Pero, claro, ya no sabrá adónde hemos ido...

Brenda se resignó, con los ojos llenos de lágrimas. Agarró sus ropas y entró en la hendidura, de la que salió minutos más tarde.

Hefter la agarró por un brazo y la empujó hacia el sendero que conducía a lo alto de las rocas. La playa era pequeña, menos de doscientos metros de ancho, y las rocas que se elevaban a unos veinticinco o treinta metros sobre el nivel de las aguas, formaban una especie de cuenco, a cuyo fondo era imposible bajar en coche.

Los automóviles tenían que quedar en la explanada superior. Brenda se dejó llevar sin protestar. Cualquier objeción resultaría inútil, se dijo.

Lloró interiormente por Talmadge. ¿Y si el culatazo había sido más

fuerte de lo que aseguraba Hefter?

Podían haberle roto el cráneo... aunque se salvase, podía quedar inconsciente durante mucho tiempo, tal vez toda la vida... Había oído historias de personas que entraron en coma a causa de un golpe y que ya no recobraron el conocimiento jamás... Habían vivido así años y años, antes de morir... Se imaginó al joven tendido en una cama, sin sentido y estuvo a punto de desmayarse de pavor ante una perspectiva aterradora.

Momentos después, llegaban a lo alto de las rocas. Habían ido a la playa en el coche de Brenda, un descapotable de color rojo. A pocos pasos de distancia, se veía un sedán gris, de cuatro puertas.

Brenda y los dos pistoleros se acercaron al sedán. Bolge se dispuso a abrir la portezuela delantera.

En aquel instante, se oyó un leve chasquido.

Bolge se estremeció con terrible violencia. Luego, sin pronunciar un solo grito, empezó a deslizarse hacia el suelo.

Horrorizada, Brenda vio un oscuro agujero en la nuca del pistolero, Hefter giró violentamente, a la vez que sacaba el arma de nuevo.

Se oyeron dos leves chasquidos. Hefter gritó débilmente. Lanzado hacia atrás por los proyectiles, se apoyó un instante en el costado del coche. Hizo un supremo intento por levantar la pistola, pero las fuerzas le fallaron bruscamente y cayó de bruces al suelo.

Aterrada, Brenda vio a un hombre que surgía detrás de su automóvil.

—Atienda al sargento, señorita —dijo el desconocido.

Ella asintió en silencio. No podía hablar. Dando tropezones, tambaleándose como si se hubiera emborrachado, corrió hacia el sendero que conducía a la playa.

CAPÍTULO IX

Las oleadas de dolor iban y venían con terribles agujonazos que parecían barras de fuego atravesándole el cráneo. De pronto, Talmadge creyó que lo arrojaban a una cascada.

Una nube de agua envolvió su cuerpo. Alguien gritó por encima del fragor de las aguas que se desplomaban desde gran altura.

La inconsciencia proseguía. Brenda había vaciado la nevera portátil y corrió a llenarla otra vez en el mar. Regresó con ella en las manos y volcó de nuevo su contenido sobre el rostro del joven.

—¡Ronnie! ¡Despierta, despierta...!

Ella había cortado ya las ligaduras que sujetaban sus miembros. Buscó una toalla y le enjugó un poco el rostro. Luego le obligó a sentarse, para que tomase café caliente del termo que habían llevado para la excursión.

Talmadge abrió al fin los ojos.

—Brenda —exclamó—, ¿Qué haces tú aquí?

—Pude escaparme...

—¿De dónde te has escapado?

Ella, horrorizada, se dio cuenta de que el joven parecía haber perdido la memoria.

—Toma un poco de café —dijo, mordiéndose los labios, para no echarse a llorar—, ¿Te duele mucho?

—Me dieron un golpe, ¿verdad?

—Sí... —De pronto, Brenda vio esparcidos sobre la arena los trozos de hielo que había contenido la nevera y, agarrando un puñado, los puso en la nuca del joven—. Esto te aliviará, querido...

Talmadge inspiró profundamente.

—Sienta bien, en efecto. Oye, ¿no se te habían llevado dos tipos...?

Ella cerró los ojos un momento y respiró profundamente. Talmadge empezaba a recobrar la normalidad de su mente.

—Sí, me llevaban, pero están muertos —contestó.

Talmadge recordó instantáneamente lo que había ocurrido hasta el momento en que le ordenaron darse la vuelta.

—Muerto... —repitió—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé muy bien... Alguien disparó contra ellos... Están arriba, en lo alto de las rocas...

—¿No te han herido, Brenda?

—No. El hombre disparó directamente contra ellos. Primero mató a Flint. Hefter se volvió y recibió dos balazos... Era un arma muy extraña; tenía un cañón enorme...

—El silenciador —adivinó Talmadge en el acto.

Una idea se le ocurrió en aquel momento. Dos pistoleros habían muerto y... ¿El justiciero vengador?

—¿Le has visto, Brenda?

—Sí. Estaba escondido detrás de mi coche.

—Procura describirlo, por favor. Eres, quizá, la primera persona que ha visto a ese misterioso sujeto, terror de los forajidos, y resultaría interesante conocer su aspecto. No se puede decir que los tipos a quienes liquida no lo merezcan, pero nadie debe tomarse la justicia por su mano, ¿comprendes?

Brenda asintió.

—No me fijé demasiado... Estaba llena de pánico, procura darte cuenta de mi estado de ánimo...

—Vamos, haz un esfuerzo —insistió él.

—Bien, una cosa que me llamó mucho la atención fue su pelo... Muy abundante, casi una melena, negro intenso... Pero lo demás de la cara... Llevaba gafas de color oscuro, muy grandes, y un enorme mostacho...

—Tal vez un disfraz —apuntó Talmadge—. Una peluca, gafas de color, bigote postizo... Eso podría hacer irreconocible a la Estatua de la Libertad. ¿Le viste las manos?

—Usaba guantes. Me fijé muy bien, porque le vi con la pistola en la mano...

—¿Y después? ¿Hacia dónde se fue?

—No lo sé. Él me ordenó que te atendiera...

Talmadge levantó la vista hacia arriba.

—Seguramente, lo vio todo desde lo alto del acantilado —murmuró—. Brenda, dame otro poco de café; tenemos que marcharnos.

—Sí, Ronnie... Oh, si supieras el miedo que he pasado...

—Bueno, bueno, ya se ha acabado todo. Procura tranquilizarte, Brenda. Oye, a veces, las mujeres, lleváis aspirinas en el bolso, ¿verdad?

Ella se esforzó por sonreír.

—Tengo analgésicos, en efecto.

—Dame un par de tabletas, por favor.

Momentos después, Talmadge se puso en pie.

—Estoy casi bien del todo —dijo—. Anda, vámonos.

Brenda continuaba sentada sobre sus talones.

—Si vas así a la ciudad, te arrestarán por atentado a la moral —dijo.

Talmadge bajó la mirada y se echó a reír.

—Es verdad, tengo que vestirme...

Minutos más tarde, llegaban a lo alto del risco. Talmadge examinó los cuerpos de los pistoleros.

—La autopista está solamente a media milla —dijo—. Pronto encontraremos una patrulla de tráfico, que informará por radio lo ocurrido.

—Hefter te mintió cuando dijo que no estaba fichado. El sargento Martin, de Homicidios, puso una carpeta sobre la mesa que ocupaba Talmadge.

—Cuando ocurrió aquello, se hacía llamar de otra manera —continuó Martin—. Pero tanto él como Flint Bolge tenían un largo historial.

Talmadge asintió, mientras repasaba la carpeta de Hefter. De pronto, vio algo que le llamó la atención.

—Tomó parte en el atraco al Northwestern Bank, hace cuatro años —exclamó.

—Probó su coartada —respondió Martin.

—En ese atraco murió la esposa del juez Heldman, ¿recuerdas?

—Sí, pobre mujer... Una bala perdida...

—Hubo tiroteo. ¿De quién era la bala?

—Se hicieron las comprobaciones necesarias. El proyectil fue disparado por uno de los atracadores. Sin embargo, jamás se encontraron las armas que usaron.

—Fueron cuatro, ¿verdad?

—Todos, insisto, pudieron probar su coartada. El caso quedó cerrado. Bueno, hasta que se encuentre a los autores... lo cual no ocurrirá jamás, porque si bien sabemos quiénes lo hicieron no podremos probar jamás su culpabilidad.

—Al menos, dos de ellos. Logan y Hefter han pagado ya aquel delito

—dijo el joven pensativamente—. Una pregunta, por favor: ¿Puedes decirme para quién trabajaba Hefter?

—Se sospecha, pero sólo son sospechas, ¿eh? Bueno, se rumorea que Sheadley es su jefe.

—Gracias, colega.

Martin se marchó. Talmadge quedó solo, rumiando todo lo ocurrido el sábado, desde el momento en que fueron sorprendidos por dos pistoleros, a quienes un desconocido vengador, que tenía muy poca fe en la justicia humana, había matado a tiros de pistola.

De pronto, sonó el teléfono.

Era Sweil, el agente del Tesoro.

—Tengo que pedirte un favor, Ronnie.

—Claro, Gene, lo que tú digas.

—Me gustaría hablar con Brenda Mallinson.

—Gene, ella no...

—Lo sé, lo sé, pero era amiga de Jack Smith.

—Prometida —corrigió Talmadge.

—Bien, como gustes. Podría llamarla a mi despacho, pero prefiero que la entrevista se celebre en otro sitio, de manera informal.

—Está bien, hablaré con ella. En su casa, tal vez.

—De acuerdo. Llámame en cuanto sepas algo.

—Descuida, Gene.

Talmadge habló con la muchacha. Minutos más tarde, se ponía en contacto nuevamente con el agente del Tesoro.

—A las cinco, en su apartamento, Gene.

—Allí estaré —prometió Sweil.

Talmadge consultó la hora. De pronto, tomó una decisión y se puso en pie.

Media hora más tarde, se hallaba en las oficinas de Sheadley.

—Esta vez no admitiré una negativa —advirtió a la secretaria—. Quiero verle; si tiene alguien en su despacho, esperaré a que salga el visitante, pero luego me recibirá a mí. ¿Entendido?

—Sí, señor... Ahora no hay nadie...

—Entonces, mejor para todos.

Talmadge no se molestó en llamar a la puerta. Abrió y se acercó a grandes zancadas a la mesa de Sheadley.

—Voy a decirle una cosa, Sheadley —exclamó—. Se ha metido en un juego muy peligroso y lo mejor que puede hacer es salirse de él, antes de que sea demasiado tarde.

El rostro de Sheadley enrojeció. Era un sujeto de cerca de cincuenta años, robusto, con papada y unos ojos que parecían pedacitos de hielo. Pero ahora, apreció Talmadge, había miedo en aquellas pupilas, a pesar de que Sheadley quería aparentar ira.

—No sé de qué me está hablando, sargento —protestó.

—Se lo diré claramente. Forito trabajaba para usted, aunque lo negase. Pero yo vi entrar aquí, en este mismo despacho, a Mitch Bewell, el pistolero que asesinó a Danson. ¿Se imagina lo que puede pensar la gente?

—Yo recibo aquí a quien me da la gana y sus asuntos personales no me importan en absoluto.

—Claro, usted siempre puede negar que conocía las actividades de Bewell, pero ¿qué me dice de las partidas de juego que se celebran todos los domingos en determinada agencia de «contactos»? ¿Qué clase de contactos se establecen allí? ¿Amorosos... o para otra clase de asuntos mucho menos honestos?

Sheadley tenía la boca abierta, Talmadge juzgó que ya había hablado bastante.

El sujeto quedaría muy preocupado y eso era precisamente lo que buscaba: ponerle nervioso, a fin de permitirle cometer un error que lo hiciese dar un traspié irreparable.

Ya no dijo más; era suficiente. Dio media vuelta y salió, dando un tremendo portazo.

En la calle, pensó que debería ir a hablar con Van Cort, pero decidió posponerlo para otro momento. Quería estar en la casa de Brenda, cuando llegase el agente del Tesoro.

CAPÍTULO X

Sweil se había marchado. Brenda, hundida en el sofá, parecía entregada a sus reflexiones que, a juzgar por la expresión de su rostro, no tenían nada de agradables.

Talmadge comprendió su estado de ánimo y buscó una botella. Puso dos dedos de licor en un vaso y se lo entregó, a la vez que sonreía.

—Creo que ya no tienes motivos para sentirte desmoralizada, Brenda. Ella alzó la mirada.

—No estoy desmoralizada, Ronnie. Es... difícil de describir. Siento vergüenza, rabia, frustración... Estuve enamorada como una tonta de un sujeto que no lo merecía. Incluso me vestí de luto y hasta hubo una temporada en que me dije que no volverla a mirar a la cara a ningún hombre.

—Por lo que me han dicho, no has cumplido tu promesa.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó ella vivamente.

Talmadge sonrió. Brenda comprendió y, de súbito, se echó a reír.

—Bueno, ya me siento mucho mejor —dijo él—. Al fin, te has dado cuenta de que la vida no se acaba porque haya muerto un hombre que, además, te engañó en todos los aspectos.

Brenda volvió la mirada hacia el cuadro.

—Me pregunto cómo no supe verlo antes...

—Posiblemente, nunca habías visto el original, en alguna reproducción, claro.

—Sí, pero ¿quién se lo iba a figurar?

—Bueno, tu cuerpo está algo más estilizado, el fondo es diferente...

—Falsificaba billetes y me falsificó a mí —se lamentó Brenda.

—Lo que has dicho no es correcto, encanto.

—¿Cómo?

—En todo caso, falsificó tu imagen, pero no tu espíritu. Sigues siendo la misma. No te cambió radicalmente, no hizo que te sintieras otra mujer. Eso es algo que no se puede conseguir, Brenda.

—Quizá tengas razón —murmuró ella—, Pero ¿qué piensas tú de todo esto, Ronnie?

—Tengo que meditarlo profundamente —respondió el joven.

—¿Por qué?

—Ya sabes quién soy. Y yo sé quién eres tú.

Brenda se puso en pie bruscamente y se colgó de su cuello.

—Eres mi hombre —dijo ardientemente—. Y tú no me vas a engañarme jamás.

—De eso puedes estar segura, pero... ¿qué dirán los miembros del clan Mallinson?

—¡Al diablo los Mallinson! —gritó Brenda—. Tú y yo... y nadie más y el mundo será nuestro, Ronnie.

Talmadge sonrió y la besó. Pero luego se puso serio.
—¿Qué te sucede? —preguntó la joven.
—Tendremos que esperar un poco hasta poder decir que el mundo es nuestro —respondió Talmadge.
—¿Por qué, Ronnie?
—Recuerda, fueron a buscarte a la playa, porque hay alguien que cree todavía que tienes las dos planchas que grabó Smith.
—¡Pero yo no sé nada, Ronnie!
—Ellos creen que sí lo sabes... y yo voy a tratar de borrar esa idea de sus mentes.
—Ronnie, no harás nada que... que pueda ponerte en un grave compromiso.
—Descuida. Yo no soy el justiciero vengador. Siempre actuaré dentro de la ley... porque una cosa es segura: actuar de otro modo, es ir en línea recta a la muerte.

* * *

Las cejas de Audrey se elevaron y sus ojos chispearon al ver a Talmadge en la puerta de la casa.
—No te esperaba —dijo la chica.
—Posiblemente, es la última vez que vengo por aquí —respondió él. Audrey entendió el significado de aquellas palabras.
—Y ya no volveremos a vernos, Ronnie.
—Lo veo muy difícil.
—Tampoco me hice ilusiones. Vivimos en ambientes muy distintos.
—Lo siento, Audrey.
—Bah, no te preocupes... Tenía que ser así y... ¿Quieres que te anuncie a la jefa?
—Si no es molestia... Pero te advierto que voy a hacer uso de tus informes.
—Con tal de que no menciones mi nombre...
—Diana no sospechará de ti, te lo aseguro.
—Gracias, encanto.
Audrey se alejó con gran contoneo de caderas. A los pocos momentos, regresó, le guiñó el ojo y señaló con el pulgar hacia arriba.
—Te espera —murmuró.
Al pasar por su lado, Talmadge le dio un pellizco en la cadera. Ella soltó una risita.
—¿Es tu forma de despedirte?
—Un gesto de simpatía —respondió él.
Entró en el despacho de Diana. Ella estaba tras el escritorio, completamente desnuda, fumando un cigarrillo situado al extremo de una larga boquilla.
—Siéntate, Ronnie. Si tienes sed, sírvelo a tu gusto.

—Eres muy amable —dijo Talmadge—. ¿Recibes siempre a tus visitantes con este atuendo?

—¿Qué atuendo? —preguntó ella.

—Es verdad, no llevas nada puesto...

—La piel propia, es lo mejor.

—Pero, así, supongo, no recibirás a tus invitados cuando juegas al «póker» los domingos.

Diana sostuvo la boquilla con los dientes, mirándole a través del humo.

—Iba a preguntarle quién te lo ha dicho, pero acabo de recordar que eres policía —dijo—. Una reunión de amigos, para jugar a las cartas, los domingos por la tarde, no es pecaminoso, supongo.

—No, ni siquiera en el caso de que se crucen grandes cantidades.

—Estás muy bien enterado, ¿eh?

—Conocí a uno de los «puntos». Se sentía muy escocido, porque había perdido más de quince mil. Tenía la sensación de que le habían hecho trampas con las cartas.

Era una verdad a medias. Talmadge se imaginaba que Diana hacía trampas, probablemente, en connivencia con Van Cort y Sheadley. Pero no conocía a ninguno de los otros jugadores.

—El que pierde, siempre piensa que el ganador le ha hecho trampas —contestó ella, sin inmutarse.

—Sí, suele suceder. Ganas bastante dinero, Diana.

—No puedo quejarme. Pero también tengo mi agencia, Ronnie.

—Sí, los contactos, claro. Me dijiste que Forito pretendía dirigirla...

—No, no, lo que quería era vivir a mi costa. Y yo no pensaba tolerarlo aparte de que nunca le habría tolerado que metiese la nariz en mis archivos.

—Deben de ser muy interesantes...

—Si sospechas que hay en ellos algo inconveniente, pide una orden al juez y no tendré inconveniente en que los examines. Encontrarás muchos nombres famosos, pero como estarás obligado por el secreto profesional, no podrás repetirlo a nadie. Ya ves que confío en ti, Ronnie.

—Me siento muy halagado —dijo él sonriendo—. De modo que esas partidas dominicales te proporcionan muchos billetes de Banco.

—Los otros también ganan, a veces.

—Es posible. Pero creo que a ti te parecen pocos los billetes que consigues con las cartas.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, pensé que quizá te gustaría más tener la maquina de imprimir billetes. Con las planchas, naturalmente.

El cuerpo de Diana se tensó súbitamente.

—Te refieres, sin duda, a billetes falsos.

Talmadge simuló abanicarse la oreja derecha con la mano.

—Se oyen rumores... comentarios...

—Pues son unos rumores completamente falsos. Jamás se me ocurriría meterme en un asunto de billetes falsificados, puedes tenerlo por seguro, Ronnie.

—Eso es lo mismo que le dije yo a mi informador.

Talmadge se puso en pie.

—Gracias por haberme recibido —se despidió.

Diana ya no dijo nada. Talmadge atravesó la puerta, separó la cortina y anduvo varios pasos. De pronto, dio media vuelta y retrocedió de puntillas, para situarse junto a la entrada del gabinete.

Esperó unos instantes. Medio minuto después, oyó la voz de Diana:

—¿Hardley? ¿Eres tú? Escucha, Talmadge acaba de estar aquí... No sé cómo se ha enterado, pero sabe lo de las partidas de juego... No, imbécil, eso no tiene la menor importancia ahora... Pero ha mencionado también el asunto de los billetes falsos... ¿Que no has encontrado aún? Pero ¿qué imbéciles tienes para que te hagan el trabajo, condenado estúpido? Sí, sí, ya sé que enviaste a dos de los mejores a secuestrar a la novia de Smith, pero alguien los «apioló»... Me pregunto dónde escondería las planchas ese maldito Jack Smith... ¿Cómo? ¿Cuál es el nombre? ¿Wes Lannah? ¿Tú crees? Ah, era el mejor amigo de Smith... Pero ahora está escondido y nadie sabe dar con su paradero... Tú sí, ¿verdad? Bueno, espabílate o perderemos el mejor negocio de nuestra vida...

Talmadge se dio cuenta de que la conversación estaba ya a punto de terminar. No quería ser sorprendido en una situación inconveniente y se encaminó de puntillas hacia la escalera.

Audrey le despidió en la puerta.

—No hagas ruido al cerrar —musitó—. Ella cree que me he marchado hace rato.

Audrey hizo un gesto de asentimiento.

—Vete tranquilo —contestó.

* * *

Hardley Van Cort salió de su casa, en el coche que conducía uno de sus secuaces. Talmadge lo siguió a prudente distancia, procurando en todo momento no hacerse visible.

Media hora más tarde, vio a Van Cort detenerse ante una casa de aspecto poco agradable, en uno de los barrios donde sus habitantes no apreciaban demasiado la presencia de los policías. El sujeto entró en la casa, pero volvió a salir pocos minutos más tarde, con una expresión de visible contrariedad en sus facciones.

«No ha encontrado a Lannah», adivinó.

Pero quizá él pudiera conseguir algo...

Dejó que Van Cort se marchase y se apeó del coche. Con aire natural, entró en la casa, sorprendiéndose de ver que había un pequeño mostrador para la recepción.

Detrás del mostrador había un casillero. Una mujer apareció a los pocos momentos.

—No sabía que esto fuese un hotel —dijo Talmadge, sonriendo.

—El rótulo era viejo y tienen que ponernos uno nuevo —contestó ella

—. Soy la señora Tower —se presentó—. Pero puede llamarme Fanny, señor.

—Gracias, Fanny.

Tenía unos cuarenta años y era de formas exuberantes. Aún conservaba buena parte de su atractivo físico. «Pero dentro de diez años, parecerá un tonel», se dijo el joven.

—Busco a un amigo que se hospeda aquí —añadió.

—Pensé que querría una habitación...

—Lo siento, Fanny; tengo mi propia casa. Pero me interesa hablar con mi amigo. Se llama Wes Lannah.

—No conozca a ningún huésped...

Talmadge procuró emplear su mejor sonrisa.

Mirando fijamente a Fanny, sacó dos billetes de cinco dólares.

—Cómprese unas flores, por favor —dijo.

—Lo siento, no...

—Pero podrían venir unos inspectores de Sanidad y empezar a poner objeciones a los sistemas higiénicos del hotel. Fanny, no trate de engañarme.

—¿Policía? —adivinó ella.

—Sí.

Talmadge enseñó su placa.

—Quiero hablar con Lannah.

—La verdad, no sé dónde está. Me dijo que iba a esconderse una temporada.

—¿Por qué?

—Bueno... intervino en el asalto al Northwestern Bank. Tiene miedo de que le pase lo mismo que a los otros. Pero le juro que él no disparó un solo tiro aquel día...

—Wes es su amigo, ¿verdad?

Fanny asintió. Talmadge sacó una hoja de papel de una agenda de bolsillo, escribió su nombre y anotó tres números de teléfono, uno de los cuales era el del restaurante al que solía ir a cenar en ocasiones.

Otro era el teléfono de Brenda. Dado que no lo necesitaba, no tenía en su casa contestador automático; por ello tenía que recurrir a la hoja de papel para conseguir que Lannah se pusiera en contacto con él.

—Dígale que se comunique conmigo en cuanto pueda, porque imagino que él la llamará a usted de cuando en cuando, ¿verdad?

—Sí, pero no me ha dado su número de teléfono...

—Me gustaría ayudar a Wes. Si no usó el arma, puede salir bien librado del caso, sobre todo, teniendo en cuenta que ya han pasado cuatro años. Fanny, más vale pasar ahora un tiempo separados, en lugar de verle a él encerrado para siempre en un penal.

—Por aquel atraco, no le echarían muchos años...

—Está metido en otro asunto mucho más grave, aunque ni él mismo lo sabe. Por eso quiero hablar con Wes lo antes posible.

—Se lo diré en cuanto me llame —prometió Fanny.

—Será mejor para todos —se despidió Talmadge.

CAPÍTULO XI

Se disponían a pedir el menú, cuando vieron que se les acercaba un hombre. Talmadge se puso en pie inmediatamente.

—Señoría...

El juez Heldman sonrió.

—Te veo muy bien acompañado, Ronnie —dijo—. ¿Quieres presentarme a esta encantadora señorita?

—Con mucho gusto. Brenda Mallinson, el juez Heldman...

El juez se inclinó para besar la mano de la joven.

—Ronnie es el hombre más afortunado del mundo —sonrió—. ¿Me equivoco al profetizar que muy pronto cambiará usted su apellido por el de Talmadge, señorita Mallinson?

Brenda se echó a reír.

—Todavía no me lo ha pedido, Señoría —contestó.

—Por favor, deje el tratamiento para el tribunal. Llámeme Lars, como hace Ronnie. En estos momentos, no soy más que un hombre común y corriente.

—Usted no tiene nada de corriente, Lars —rió la muchacha—. Ronnie, ¿te molestaría invitar al juez a cenar con nosotros?

—Cuando dos enamorados están juntos, un tercero siempre estorba —dijo Heldman.

—Para nosotros será un honor, Lars. Además, tendremos tiempo de sobra de hablar de nuestras cosas —manifestó el joven sonriendo—. Siéntese, por favor.

—Acepto encantado, pero con una condición —dijo el juez.

—No será demasiado onerosa —apuntó Brenda.

—Permítanme invitarles. De otro modo, me buscaré una mesa distinta...

—¿Cómo? ¿Usted nos va a invitar? —protestó Talmadge.

—Vamos, Ronnie, aprovecha esta ganga —exclamó Brenda alegremente.

Talmadge volvió los ojos hacia Heldman.

—Debo seguir su consejo, Lars —sonrió.

—Es una chica muy sensata —contestó Heldman.

Un camarero trajo otra silla y cubiertos. Luego, Heldman encargó el menú. Brenda se dio cuenta de que el juez era un experto conocedor de la buena mesa y de los buenos vinos.

La cena transcurrió en un agradable ambiente. Por un buen rato, Talmadge llegó a olvidar sus preocupaciones. Casi cuando terminaban, un camarero trajo un teléfono.

—¿Sargento Talmadge?

—Sí, yo soy.

—Gracias, señor.

El camarero conectó el teléfono. Talmadge levantó el auricular y dio su nombre.

—Soy Wes Lannah —dijo el hombre que estaba al otro extremo de la línea.

—¡Lannah! —exclamó Talmadge.

—Tengo entendido que usted me anda buscando...

—Sí, es cierto. Me interesa hablar enormemente con usted. ¿Cuándo podré verle?

—Oiga, anda por ahí un tipo chiflado, que mata a la gente como si fuesen moscas. No me gustaría que ese fulano me encontrase...

—Hasta ahora, no ha sucedido.

—Puede suceder, no me fío.

—Muy bien, Lannah. Diga usted mismo el procedimiento para encontrarnos. Repito, tengo mucho interés en verle.

—¿Por qué?

—Wes, usted sabe algo sobre dos planchas para imprimir billetes falsos.

—Bueno, tengo una vaga idea...

—Vamos, suéltelo de una vez. Dígame dónde está y yo iré a verle.

—No; prefiero que sea al contrario. Iré a su casa dentro de una hora.

—Muy bien, Wes. No me falle o tendré que empezar a pensar que no le interesa salir bien librado del asunto.

—Iré, se lo aseguro.

Lannah colgó el teléfono y el joven hizo lo mismo. Brenda le miró inquisitivamente.

—¿Quién es Lannah, Ronnie? —preguntó.

—Tomó parte en el asalto al Northwestern Bank —respondió el joven

—. Parece ser que también tenía algo que ver con las actividades de tu prometido.

—Entiendo. ¿Sabe él dónde están las dos planchas que faltan?

—Dice que tiene una idea... Luego irá a verme a mi casa, Brenda.

El juez consultó su reloj y agitó una mano a continuación, para llamar al camarero.

—Se me hace un poco tarde —manifestó sonriendo—. Ha sido la mejor velada que he pasado en mucho tiempo, créanme.

Heldman se levantó y, galantemente, se inclinó para besar la mano de la muchacha.

—Nada me gustaría más que asistir a su boda —dijo—. Si fuese juez de paz, les casaría...

—Usted es algo más —contestó Talmadge.

Heldman se marchó. Talmadge le vio firmar la cuenta a la salida y añadir una sustanciosa propina. Luego se volvió hacia la joven.

—Tengo que marcharme —dijo—. He de esperar a Lannah a que venga a mi apartamento.

—¿No podría ir contigo? —sugirió Brenda.

—Si te ve, podría sentirse receloso...

—Bueno, me esconderé, Ronnie. También a mí me interesa saber qué ha sido de esas dos planchas.

—Está bien, pero no hagas nada, pase lo que pase.

—¿Crees que va a ocurrir algo?

—No, mujer, nada; me refería a que no intentes meter tu linda naricita en la conversación.

—Descuida, seré invisible todo el tiempo.

Momentos después, salían del restaurante. Brenda se colgó del brazo de su acompañante.

—Ronnie, ¿cuándo volvemos a la playa? —preguntó mimosamente.

—Hemos de esperar un tiempo. No me gustaría que volvieres a darnos otro susto.

—¿Cuánto tiempo?

—Si Lannah me da una buena pista, no mucho, te lo aseguro —respondió él.

Poco después, llegaban al apartamento. Talmadge consultó el reloj y vio que faltaba escasamente un cuarto de hora para la llegada de Lannah.

Impaciente, se apostó junto a una ventana, desde la que dominaba un amplio trecho de la calle. Al cabo de un rato, vio a un hombre que caminaba furtivamente por la acera de enfrente.

El individuo pareció como si fuese a pasar de largo. Luego, bruscamente, giró a Su izquierda y caminó en línea recta hacia la puerta de la casa.

Cuando llegaba a la acera, un hombre surgió de un automóvil que estaba parado junto al bordillo. Talmadge presintió lo que iba a suceder.

Quiso abrir la ventana para lanzar una advertencia a Lannah, pero ya no tenía tiempo. El desconocido tenía una pistola con silenciador y disparó dos veces muy seguidas, una al pecho y otra a la frente del hampón.

Lannah cayó fulminado. El asesino, tranquilamente, guardó la pistola y caminó hacia la esquina próxima. Petrificado por el horror, Talmadge reaccionó demasiado tarde. Cuando quiso hacer algo, ya oía en la calle transversal el ruido de un coche que arrancaba a toda velocidad.

Brenda se asomó a la puerta del dormitorio, donde se hallaba escondida.

—Parece que Lannah se retrasa —dijo.

—No se ha retrasado, aunque más le habría valido —contestó el joven sombríamente—. Está muerto, abajo, casi en la puerta de casa.

Brenda lanzó un chillido de susto y corrió hacia la ventana. Talmadge

estaba ya en el teléfono, tratando de ponerse en comunicación con la central de la policía.

* * *

Talmadge entró en el despacho de su colega, sargento Martin, y se sentó con aire negligente en un ángulo de la mesa. Pete Martin parecía enormemente atareado, haciendo y recibiendo constantes llamadas por teléfono.

Al cabo de un rato, Martin pareció quedar un poco desahogado de trabajo y levantó la vista hacia el joven.

—Sí, maldita sea... Ese tipo que se ha empeñado en tomarse la justicia por su mano... No diré que algunos tipos no se merecieran una buena dosis de plomo, pero a este paso, no va a dejar un hombre vivo en la ciudad.

—No exageres, Pete; por lo visto, sólo ataca a los que se lo merecen.

—Según se mire, Ronnie. Anoche se cargó a Lannah. Sabes que soy más duro que nadie con los asesinos, con los criminales empedernidos, con los hampones que no quieren corregirse, pero, ¡por Dios!, Lannah empezaba ya a seguir el buen camino. No digo que no tuviese un historial desagradable, pero, desde el asunto del Banco, hace cuatro años, ya no había vuelto a delinquir.

—Puede que esté equivocado, Pete —dijo Talmadge—. Lannah tenía algo que ver con un asunto de falsificación de billetes de Banco.

—Sé a lo que te refieres. Era amigo del falsificador, pero eso no significa necesariamente que tomase parte en el asunto. No; en ese aspecto, estás equivocado.

—En tal caso, también se ha equivocado el asesino, ese tipo al que los periódicos han dado por llamar el justiciero vengador.

—¡Justiciero! —resopló Martin, quien se sentía verdaderamente indignado—. Si consiguiera ponerle la mano encima...

—Pete, ese tipo ha liquidado a un montón de pistoleros. ¿No hay alguna relación entre esas muertes?

Martin hizo una mueca.

—En todo caso, tres de los muertos sí tuvieron una relación común hace cuatro años: Hefter, Logan y anoche Lannah.

—¿Te refieres al asalto del Northwestern Bank?

—Sí, desde luego Es la única relación posible... pero, demonios, han pasado ya cuatro años...

—Pete, yo creí que habían sido cuatro los atracadores.

—Fueron cuatro, desde luego —confirmó Martin—. Los tres que han muerto, consiguieron probar sus coartadas, aunque sólo Lannah dejó de seguir por el camino del vicio.

—¿Y el cuarto?

—Se sospechó de un tipo llamado Van Cort, aunque también pudo

probar su coartada, incluso mejor que los otros. De los tres muertos se sabía que eran coartadas falsas, pero no había forma de probar lo contrario. A Van Cort, además, le beneficiaron las dudas sobre su participación en el atraco.

Talmadge frunció el ceño. Había algo en aquella respuesta que le parecía no encajaba.

—Pete, Van Cort es un tipo con mucha pasta. Está bien situado económicamente y... ¿por qué iba a tomar parte en un atraco?

—El botín fue de cuatrocientos mil dólares. Corren rumores de que Van Cort se quedó con la mayor parte, alegando a sus compinches haber conseguido una cantidad inferior. Eso le sirvió para «desplazarse» en el mundo de sus sucios asuntos, ¿comprendes? —Martin continuó—: Por lo visto, no atraca ya Bancos, aunque sí continúa vaciando los bolsillos de la gente. Hay una banda que se decida a la extorsión y al chantaje, y obtienen cuantiosos beneficios, aunque, hasta ahora, ninguno de los perjudicados ha querido denunciar sus perjuicios.

—Y Van Cort dirige la banda...

—No. El jefe es una tal Diana Farr, dueña de una agencia de «contactos». Van Cort y Sheadley colaboran con ella. Cuando tienen a un tío agarrado por el cuello, le invitan a jugar una partida en su casa. No hacen trampas, pero el fulano pierde varios miles de dólares.

—Y así, no se les puede acusar de chantaje —dijo Talmadge, admirado del ingenio de Diana y sus secuaces.

—En efecto. Ahora, figúrate tú: veinticinco, treinta o cuarenta mil dólares semanales, limpios de polvo y paja... ¿Te das cuenta de lo que representa al cabo de un año?

—Más de un millón.

—Sí. Por eso Van Cort ya no necesita atracar Bancos. Yo tampoco lo haría, si estuviese en su pellejo.

—Tu pellejo es muy distinto —rió el joven.

Martin meneó la cabeza.

—El dinero que se llevaron, en sí, no tiene mayor importancia. Lo desgraciado del caso es que allí murió una mujer inocente...

—¿Te refieres a la señora Heldman?

—Sí, justamente, Ronnie. El juez quedó deshecho y, durante unos meses, tuvo que dejar los tribunales. Le costó mucho reponerse, créeme.

Talmadge se acarició el mentón pensativamente. Una horrible sospecha acababa de infiltrarse en su ánimo.

Trató de desechar aquella idea, pero se había agarrado a su mente con tremenda fuerza y, por más esfuerzos que hizo, no pudo quitarse de la imaginación la espantosa sospecha de que había estado viendo casi a diario al asesino vengador.

Brenda fue a verle a su apartamento aquella misma tarde, extrañada de no haber recibido una sola llamada suya, y se lo encontró en un estado de abatimiento casi total.

La joven se sintió horrorizada cuando Talmadge le comunicó sus sospechas.

—No puede ser... El hombre que mató a los pistoleros en la playa tenía el pelo negro... Heldman tiene la cabeza completamente blanca...

—Hay pelucas, Brenda —dijo él.

Brenda se sentó en una silla, puso los codos sobre las rodillas y apoyó el mentón en las manos.

—Ronnie, ¿qué piensas hacer? —preguntó—. Porque no le puedes acusar abiertamente... y no hay modo de probar que es él...

Talmadge sacudió la cabeza.

—No lo sé, sinceramente, no puedo darte una respuesta. Heldman era para mí poco menos que un ídolo; recto, honesto, lleno de amor a la justicia y a la verdad... y ahora se ha convertido en un sujeto ávido de la sangre de los demás...

Miró a la muchacha afligidamente. Ella se levantó y, arrodillándose a su lado, le abrazó con fuerza.

—Ronnie, yo no sé lo que vas a hacer, pero, sea lo que sea, no comerás ninguna acción de la que puedas avergonzarte algún día —dijo apasionadamente.

CAPÍTULO XII

La conversación con el sargento Martin había tenido lugar el viernes a mediodía. Talmadge pensó que el juez se habría ido a pescar, como era su costumbre, pero esta vez no quiso ir a buscarle al río.

Esperaría su regreso el domingo. Entonces, iría a verle...

Heldman regresaba casi al anochecer. A las seis de la tarde, Talmadge llamó a su casa.

—Soy el sargento Talmadge —dijo por teléfono—. Señora Rooke, haga el favor de decirle al juez que deseo verle inmediatamente de su regreso. Es muy urgente, por favor.

—Lo siento, sargento. El juez ha vuelto ya, pero se ha marchado casi en el acto, sin cambiarse siquiera de ropa —contestó el ama de llaves.

—¿Se ha marchado? —exclamó Talmadge, atónito.

—Sí, señor... aunque no sé cuándo volverá...

—¿Cree que habrá ido a cenar al Style? —Era el restaurante al que el joven solía acudir, sobre todo, cuando iba con Brenda.

—No; no llevaba traje apropiado...

Talmadge colgó el teléfono, enormemente preocupado. No era costumbre del juez regresar de su semanal excursión de pesca antes de tiempo. Se preguntó adónde podría haber ido, sin haberse cambiado de ropa, y sin vestir el atuendo propio para la cena.

Heldman era bastante riguroso en lo referente a la indumentaria.

—Si no se ha vestido para cenar, ¿adónde diablos se ha marchado?

Incluso, aunque tuviese una amante, cosa hartamente improbable, Heldman, después de ciertas horas, se habría puesto ropas adecuadas, pero no el atuendo de pescador.

De repente, se le ocurrió una idea. Cuando iba a salir, se tropezó con Brenda.

—Vengo a buscarte para la cena —dijo ella—. En los últimos tiempos, parece casi como si te hubieras olvidado de mí...

—No tengo tiempo de cenar —contestó Talmadge—. He de ir a cierto sitio, con mucha urgencia.

—Iremos los dos, Ronnie.

Talmadge no quería discutir y asintió en silencio. El coche de Brenda estaba en la calle y se apropió de las llaves sin ningún escrúpulo.

Veinte minutos más tarde, una atónita Audrey les recibía en el vestíbulo de la casa.

—Ronnie, ¿qué sucede? —preguntó la sirvienta.

—Tengo que ver a tu ama...

—Está arriba, jugando, como de costumbre,

—No importa, subiré. Si quieres me acompañas, pero no permitiré que me cierres el paso.

—No pensaba hacerlo. A decir verdad, empiezo a sentirme preocupada

—declaró Audrey—. Hace rato que no oigo el menor ruido ni nadie me llama para servir una copa...

Talmadge oyó aquellas palabras y sintió un frío glacial en el corazón. Inmediatamente, se lanzó escaleras arriba, sacando bastantes metros de ventaja a las dos mujeres.

La sala de juego estaba al fondo del corredor superior. Talmadge abrió la puerta y contempló un espectáculo horroroso.

Oyó tacones a sus espaldas y se volvió.

—No paséis de ahí —ordenó perentoriamente.

Brenda se detuvo en el acto, comprendiendo que había ocurrido algo espantoso. Talmadge volvió a lanzar una mirada hacia el interior y luego se volvió hacia la sirvienta.

—Audrey, ¿quién ha estado aquí esta tarde?

—Sólo un cliente... un tal Erdford... Era un hombre de mediana edad, con el pelo muy negro, muy abundante... Se marchó ya hace más de media hora y me dijo que se sentía indispuerto...

—Será mejor que llames a la policía, Audrey. Y no te asomes ahí adentro, si no quieres tener pesadillas el resto de tus días.

Talmadge contempló una vez más el horrible espectáculo que era la sala de juego, llena de sangre por todas partes. Diana estaba sentada en su silla, con la cabeza hacia atrás. Tenía un agujero encima del ojo izquierdo.

Shedley yacía en un rincón, sentado, con la cabeza sobre el pecho y un revólver todavía en la mano derecha. Con gran cuidado, usando un pañuelo para no dejar huellas dactilares, examinó el revólver y vio que faltaba una bala.

Van Cort estaba hecho un ovillo, junto a la ventana. Era evidente que había tratado de huir, pero la bala que le había atravesado el cráneo había sido mucho más rápida. Sin embargo, Talmadge se sintió extrañado al apreciar cierto detalle.

—Audrey, ¿no has oído ningún disparo? —preguntó.

—No —contestó la chica—. Estaba en mi cuarto, oyendo un concierto de rock... Hay un timbre, conectado a una lámpara... y no lo hicieron funcionar...

Tendría el altavoz a todo volumen, pensó el joven. Agarró el brazo de Brenda y la empujó hacia la salida.

—Anda, Audrey, llama a la policía —insistió.

—¿Adónde vamos? —preguntó Brenda, una vez nuevamente en la calle.

—A casa del juez Heldman.

—¿Es... el justiciero vengador?

Talmadge asintió en silencio. Ahora ya no cabía ninguna duda acerca de la identidad de aquel misterioso individuo que había querido arrogarse el derecho de la vida o muerte sobre los demás.

La señora Rooke se sorprendió enormemente al ver a dos visitantes a una hora tan intempestiva.

—El juez está en su despacho... Dijo que no quería que le molestasen...

—Tengo que hablar con él irremisiblemente —contestó Talmadge, apartando a un lado al ama de llaves.

Instantes después, abrió la puerta del despacho. Heldman estaba sentado tras su escritorio, encima del cual se veían algunos papeles.

El rostro del juez aparecía limpio de todo color. Sonrió al ver a Talmadge.

—Estoy seguro de que lo has adivinado —dijo.

—Demasiado tarde, Señoría —respondió el joven.

—Sí, demasiado tarde...

La mano derecha de Heldman se movió hacia un retrato, Con marco de plata, que tenía en la mesa.

—Ahora estaremos juntos...

—No le condenarán a muerte, Lars.

Heldman sonrió imperceptiblemente.

—¿Cómo lo has adivinado, Ronnie?

—No se puede decir que sea un policía perspicaz, pero, ¿quién iba a pensar en un hombre con una reputación como la suya?

—Sí, parecía el menos indicado para desempeñar ese papel de justiciero vengador, ¿verdad?

—Nadie lo hubiera creído, desde luego. Pero lo intrigante del caso es que inició usted su venganza cuatro años después de la muerte de su esposa. No comprendo por qué, sabiendo casi desde un principio que habían sido ellos, no se vengó ya en aquella época.

—Entonces, mis principios me impedían tomarme la justicia por mi mano —contestó Heldman—, Ocurrió durante el juicio contra Forito. Su comportamiento, su desvergüenza... su desprecio por la vida humana... Creo que, si en aquellos momentos, cuando pronunciaba la sentencia en el tribunal, hubiera tenido un arma a mano... le habría pegado cuatro tiros allí mismo... Cuando me enteré de su fuga... algo estalló dentro de mí...

—Y se dedicó después a matar a otras personas que no tenían nada que ver con Forito.

—¿Tú crees? Todos estaban relacionados, unidos por lazos de sangre, criminales empedernidos... Merecían morir, Ronnie.

—¿También Wes Lannah? Usted dijo muchas veces que siempre había que dar una posibilidad a un delincuente para que se regenerase... No le dio esa oportunidad a Lannah.

—Lo ignoraba —contestó Heldman.

—El rencor se adueñó de usted. Nunca debió permitir que esos sentimientos se apoderasen de su ánimo.

—Sí..., pero ya es tarde para lamentaciones... Aunque, sin embargo, no podrás quejarte de la ayuda que os presté en cierta ocasión, en la playa...

—¿Lo hizo por nosotros o por su particular sentido de la justicia?

—¿Qué importa eso ahora, Ronnie?

Heldman tosió de pronto. Sacó un pañuelo y se lo llevó a los labios.

Brenda gritó al ver manchas rojas en el blanco tejido. Talmadge se alarmó.

—¡Está herido, juez!

Heldman hizo un gesto negativo.

—No te molestes... Ya no se puede hacer nada por mí... Sheadley tenía buena puntería...

Volvió a toser y su cuerpo se convulsionó con violencia. Haciendo un supremo esfuerzo, señaló los papeles que había sobre la mesa.

—Aquí... he relatado todo lo que... hice... En este cajón... encontrarás una peluca negra, las gafas de color... y la pistola...

El cuerpo de Heldman se arqueó. Talmadge corrió hacia el teléfono, para pedir una ambulancia.

Heldman extendió una mano, como si quisiera impedirselo. Trataba de hablar pero ya no podía emitir el menor sonido.

Brenda contemplaba la escena con ojos llenos de lágrimas.

De pronto, Heldman alargó la mano y rozó el retrato de su difunta esposa.

—Martha... —murmuró.

Fue su último esfuerzo. La mano cayó de pronto sobre la mesa y su cuerpo se ladeó en el sillón. Talmadge dio la vuelta y le tomó el pulso. Al cabo de unos momentos, miró a la muchacha y movió la cabeza negativamente. Brenda dio media vuelta y rompió a llorar afligidamente.

Talmadge levantó el teléfono.

—¿Policía? Soy el sargento Talmadge... Envíen inmediatamente una patrulla a la casa del juez Heldman... Envíen también una ambulancia y el forense...

Colgó el teléfono y lanzó una mirada conmisericordiosa hacia aquel hombre que, al intentar tomarse la justicia por su mano, se había encaminado en línea recta hacia la muerte. La justicia muy particular de Heldman había llegado ya a su fin, pensó.

* * *

Con Brenda en sus brazos, Talmadge se detuvo unos instantes ante la puerta de la casa.

—Me pregunto qué dirá el clan Mallinson cuando conozca la noticia

—sonrió.

—Pondrán el grito en el cielo, pero tendrán que aguantarse —contestó ella.

—Sin duda, habrían preferido una boda por todo lo alto, en el jardín de la casa, sobre el césped y bajo los toldos de colores... con una procesión de damas de honor, ataviadas de color rosa y con grandes pamelas... Cuatro pajecillos llevando la cola, una buena orquesta tocando la marcha nupcial... y el coro de sirvientes y empleados negros, cantando «spirituals» en honor de los novios...

—Sólo tenemos un empleado de color en la casa —dijo ella—. El tiempo de los esclavos ya pasó, querido.

—Bueno, supongo que, cuando vayamos a Atlanta, nos sentaremos en el gran porche de la casa y nos servirán julepes de menta muy fríos... Tu nodriza negra se quedará arrobada al verte casada...

—Estás en el siglo pasado —rió Brenda—. Vivimos de la forma más normal y nunca tuve nodriza negra. La casa es grande y agradable, pero no una mansión del Sur como te la imaginas. Y si papá tiene dinero, es porque trabaja.

—Como un negro.

—Como un Mallinson.

—En fin, no discutamos —dijo él—. Ahora ya somos marido y mujer... pero me gustaría saber por qué hemos de pasar la primera noche en tu casa y no en la mía.

—Lo sabrás en seguida —contestó ella—. Anda, abre.

Entraron en la casa. Brenda le pidió que la dejase en el suelo y el joven accedió. Luego, ella fue hacia el cuadro pintado por Smith y quitó el paño que lo cubría.

—Ya no necesitarás contemplarlo, porque tendrás el original a tu disposición siempre que quieras —exclamó maliciosamente—. Pero este cuadro me trae malos recuerdos y voy a quitarlo de mi vista. Con las dos manos, pegó un empujón al caballete y lo tiró hacia adelante. Se oyó un fuerte chasquido.

—Has roto el marco —dijo él.

—¿Qué importa eso ahora?

Talmadge no contestó. Al caer, el marco, bastante grueso y muy decorado con relieves en estuco dorado, había recibido un fuerte golpe, rompiéndose el larguero superior en dos partes. Algo cayó al suelo, unos objetos de metal brillantes, de forma rectangular.

Talmadge se inclinó y levantó las dos planchas de impresión.

—Nunca me lo hubiera imaginado —exclamó.

—Son las planchas que faltaban —adivinó ella.

El joven asintió. Examinó el marco roto y encontró el hueco hábilmente practicado más de un año antes.

—Era lógico que nadie supiese dar con estas dos planchas —murmuró.

De pronto, se fue hacia el teléfono—. Voy a llamar a Sweil...

—¡Alto, Ronnie!

El joven se volvió. Brenda se le acercó y le quitó las planchas, que lanzó sobre un diván.

Luego se colgó de su cuello.

—Sweil puede esperar —dijo ardorosamente—. Pero yo no, amor mío.

Talmadge sonrió.

—Tienes razón. Como dijo aquél, lo primero es lo primero.

—¡Y al diablo con los Mallinson! —exclamó Brenda alegremente.

F I N

Índice

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII